

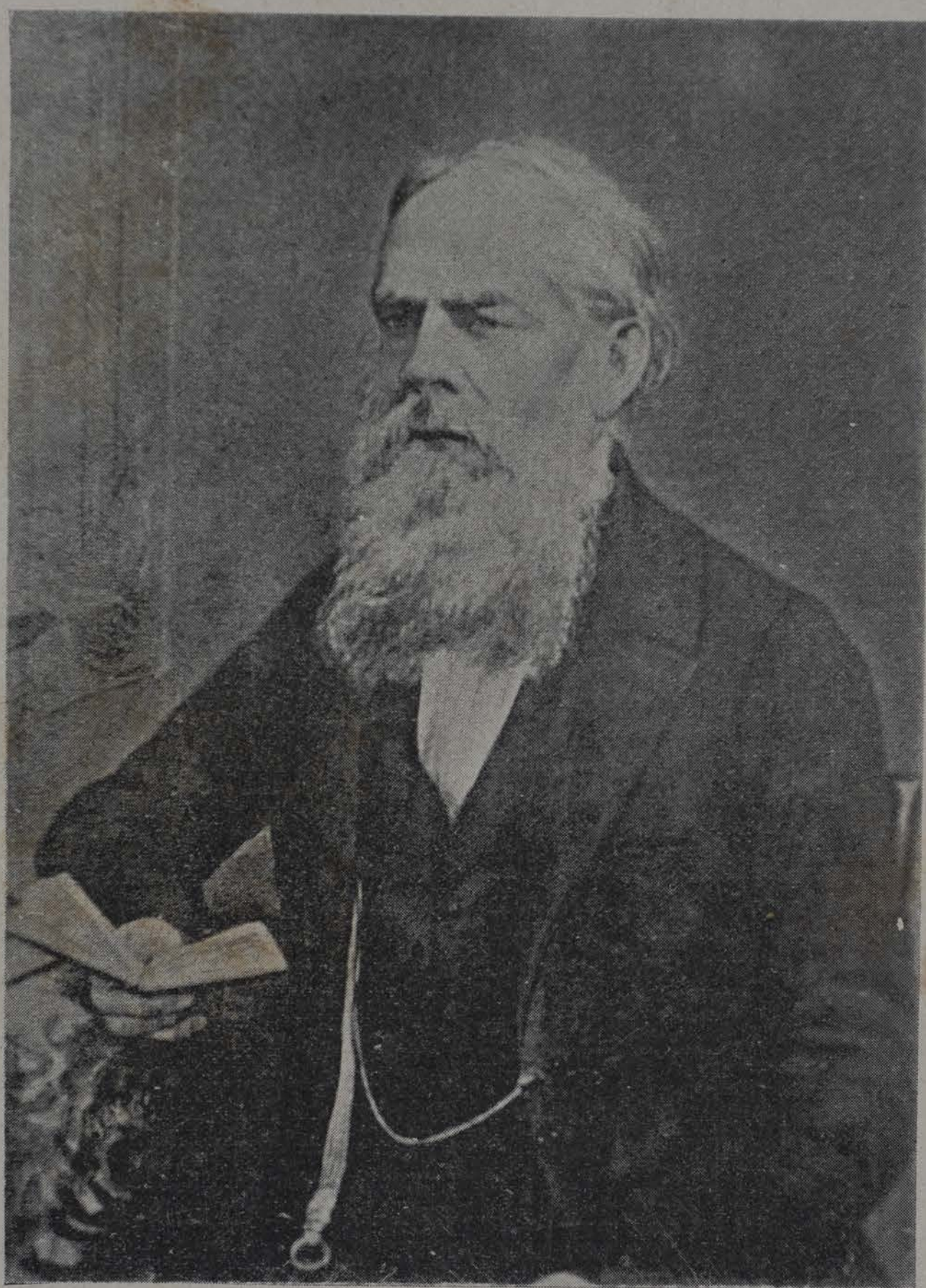
Cuba y América.



Vol. IV.

HABANA 20 DE MARZO 1900.

No. 79



José Aniceto Izáaga.

Cuba y América.

REVISTA ILUSTRADA.

SE PUBLICA LOS DIAS 5 Y 20 DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRIPCION (1)

Pagos adelantados.	Isla Plata es- pañola	Extranjer? Moneda americana
Por un mes	\$ 0-60	\$ 1-00
Por un trimestre	1-50	2-00
Por un semestre	3-00	4-00
Por un año	5-00	0-25
Número suelto	0-25	0-40
Un número atrasado	0-40	

(1) Estas suscripciones se ordenarán acompañando su importe anticipado por cheques, letras, órdenes postales ó dinero en carta certificada.

Director: Raimundo Cabrera.

Redactores: Nicolás Heredia, Leopoldo Cancio, Enrique J. Varona, Rafael S. de Calzadilla, Andrés Segura y Cabrera.

Propietario: M. Montero.

Administrador: Manuel Román.

Imprenta: Avisador Comercial.—Habana.

SUMARIO

El Divorcio, por Rafael S. de Calzadilla.—Juan Clemente Zenea, VII, por Enrique Piñeyro.—Suspiros y lágrimas, por Pedro Estévez y Abreu.—Rimas, por S. Díaz Mirón.—José Aniceto Iznaga y Borrell, por ***.—Recuerdos, por J. B. X.—Guerra de emancipación de Cataluña, por Luis Estévez y Romero.—Cuba en la Exposición de París.—La Bandera Cubana, por Francisco Sellén.—Pájaros, Pajareros y Gastrónomos, por Charles Lallemand.—La Propiedad en Cuba.—Margaritas, por Fernando G. y G. de Peralta.—De Sport, sección redactada por el Dr. Andrés Segura y Cabrera.—Notas y Noticias.—Ilustraciones.—Anuncios.

El Divorcio

Días hace, un conocido abogado de esta ciudad, que fué uno de mis más queridos maestros, el Dr. Ignacio Remírez, con motivo de un decreto reciente sobre la materia, trajo á la discusión pública este tema interesante: «El Divorcio».

Yo no voy á considerarlo como mi ilustrado profesor, desde el punto de vista legal, ni bajo el prisma jurídico.

Tampoco voy á examinarlo en su llamado «aspecto religioso». Y digo así, porque hay muchos que, abdicando de su propia facultad de pensar, repiten, con sin igual desembarazo, que cuestiones de naturaleza genuinamente social, como lo es el divorcio, deben estudiarse desde el punto de vista «religioso»; es decir, teniendo presente esos lazos misteriosos que ligan al hombre con la Causa Primera; ó lo que es lo mismo, teniendo presente esa relación, tan diversa-

mente formulada, que no alcanza á percibir, dentro de las brumosas especulaciones de la metafísica, el finito intelecto humano.

Lo cual equivale á presentar el divorcio envuelto en lo incomprensible, para que tengamos que abandonar su estudio á las sombras del misterio.

Es el divorcio como lo es el matrimonio, una institución establecida por y para la sociedad; esto es, una creación social, para fines exclusivamente sociales.

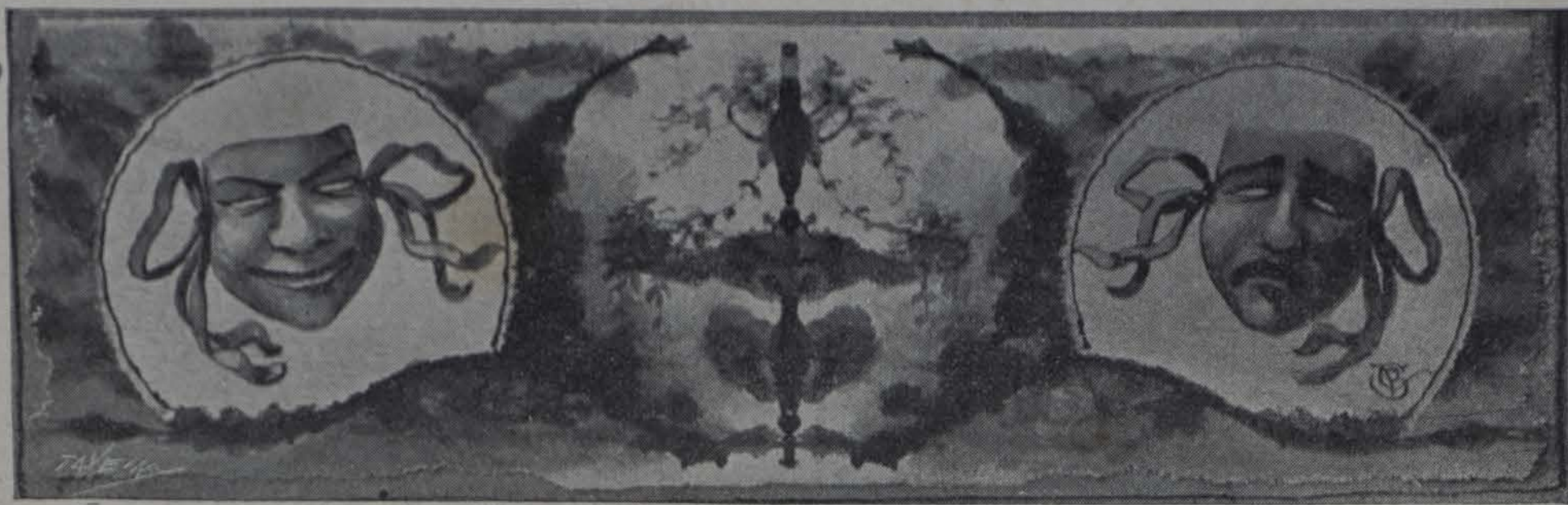
Así pues, al tratar el divorcio como materia de nuestro estudio, al considerarle en su naturaleza, no debemos proceder á examinarle al través de un precepto legal, de suyo variable y transitorio, por la estrecha sujeción de la ley al constante movimiento de reforma; como tampoco debemos examinarle al través de los convencionalismos jurídicos; y mucho menos, con los lentes multicoloridos y anacrónicos de los dogmas religiosos, que nos dan esos engañosos espectros, tan marcadamente distintos de la realidad del objeto.

La palabra «divorcio» significa: la separación de dos cuerpos, de dos seres humanos, hombre y mujer, anteriormente unidos por vínculo estrecho y solemne; su disasociación.

Es el recobramiento de su integral independencia de dos seres que, voluntariamente confundidos en una sola personalidad, recobran, por su propia voluntad también, su individual autonomía.

Los cánones de la Iglesia, cuya autoridad va desvaneciéndose día por día en este asunto, y los que tenemos que considerar en cierto modo como la primera legislación positiva de carácter universal, al prohibir en lo absoluto, y con gran acierto entonces, la disolución del vínculo matrimonial, tuvieron presente la debilidad é impotencia de la mujer para satisfacer las necesidades de subsistencia de la familia; ó sea la imprescindibilidad del hombre, del ser fuerte, para la vida de los hijos y aun de la misma mujer, dado lo recio y peligroso del combate por la existencia, en una época en que el principio informante de las relaciones sociales fueron la fuerza bruta, y luego el privilegio.

Con el andar del tiempo, la Iglesia, cuyo fin grande como especialmente humano, estaba identificado con el mismo fin perseguido por el Estado, comenzó á divergir de éste, á buscar el logro de sus aspiraciones privativas, de sus intereses egoístas como corporación, de sus conveniencias exclusivas como institución, dedicada, como la hemos visto, al



comercio de la fe. No podía, por consiguiente, la Iglesia admitir, como no lo ha hecho aún, de un modo franco é incondicional la introducción del divorcio, estando sus intereses privados en este asunto, en abierta oposición con los intereses generales de la humanidad, mal que pese á los intitulados «socialistas católicos».

Y entonces, la Ley Civil, obedeciendo á la impulsión de las nuevas ideas, al arrastre de lo que llamamos «progreso», siguiendo el camino abierto por las conquistas de la inteligencia, empujada por los estímulos poderosos de la masa humana, que se desenvuelve á virtud de un principio superior á su existencia, movida por las energías de la razón, (derrocada la prohibición que nos vedaba consultar nuestra propia inspiración, anulada la imposición del ominoso criterio de autoridad), comenzó á formular, en preceptos establecidos en todos los códigos, la disolubilidad del matrimonio, como victoria alcanzada por la sociedad, en la dirección de su mejoramiento.

Mas, la Ley Civil, al sentar como principio la disolubilidad del matrimonio, no ha hecho otra cosa que proceder de acuerdo con la Naturaleza, con los ejemplos de ésta, en el mundo viviente. Porque el divorcio en sí, es una institución; ó por mejor decir, un hecho natural: el amor, la mutua atracción, une al hombre y á la mujer, como al varón y á la hembra en todas las especies; el desamor, la falta de esa simpatía, los aleja, los distancia, los separa totalmente.

La razón nos dice que los que por su voluntad se unieron, los que movidos por una corriente simpática confundieron en una su doble existencia, extinguida la simpatía, muerta la irritación pasional, y despertado el movimiento repulsivo, por su propia voluntad también, deben divorciarse.

Y no hay ley, emanada de la Iglesia, dictada por el Príncipe, ó sancionada por

el pueblo, que pueda ordenar, sin pavorosas consecuencias, la convivencia de dos seres, que sin el vínculo del amor, mutuamente se repelen.

Y no me ocuparé de la «separación de cuerpos», porque, á más de las razones antes indicadas, este adefesio jurídico, si bien en cierto respecto, pudiera estimarse como un paso de avance, no fué en puridad, sino una medrosa transacción de la Ley, entre las demandas de los tiempos y las rotundas negativas de la Iglesia. Transacción que deja á los consortes en la más anómala de las condiciones.

Resulta, pues, de lo dicho, que prescindiendo de las circunstancias de tiempo y lugar en su aplicación, en sí considerado el divorcio, es una institución que se impone por sus propios méritos. La naturaleza nos lo muestra: la razón lo admite y sanciona. Su bondad intrínseca, está pues, fuera de discusión.

Ahora bien; ocurre con el divorcio, como ocurre con otras instituciones cuya pureza de bondad es indiscutible, como el sufragio universal y aun la misma democracia. Su implantación, y me refiero muy especialmente á estas dos últimas, resulta efectivamente difícil ó imposible ó ya aun trastornadora en la práctica; y de ello deducen, aun hombres de gran talento, que el divorcio es un absurdo, que el sufragio universal es un mito, y que la democracia es un sueño.

Pero no hay tal. Si esas instituciones son en sí buenas, lo serán en cualquier tiempo y en cualquier país. En esto no hay duda. Si las instituciones son buenas y la eficacia de su bondad es asequible á todas las inteligencias, los males que ellas producen, ó produzcan, no tienen su origen en las instituciones mismas, sino radican en las circunstancias de su aplicación.

En un país donde la mujer para vivir necesite totalmente del hombre, de su am-



El Templo.—Habana.

paro y sostén, el divorcio es, socialmente, un absurdo. En un país abyecto, degradado, regido por el despotismo, el sufragio universal, la democracia, producirían inmensos trastornos.

No son pues errores, quimeras ni utopías, las instituciones, «divorcio», «sufragio» y «democracia». El avance de la especie es un hecho innegable; absolutamente cierto. Los obstáculos ó las causas que impiden la aplicación de esas instituciones pertenecen, de lleno y por completo, á otro orden de cuestiones.

Lo que debemos preguntarnos, lo que debemos investigar es ¿cuál es la naturaleza de esos obstáculos ó causas que imposibilitan su implantación ó desvirtúan su eficacia? ¿Y cuáles son los medios de remover esos obstáculos ó de destruir esas causas?

Me concretaré sólo al divorcio, puesto que á este objeto me limito.

¿Cuáles son, pues, los obstáculos que obstruyen ó imposibilitan la implantación del divorcio? Y, repito, atiendo sólo al nombrado «total».

— Por poco que se piense, lo que primero se nos ocurre es la prole. La alimentación de los hijos ha sido siempre la dificultad con que han inmediatamente tropezado los que del divorcio se han ocupado.

Y no estriba ella en determinar quien ha de ser la persona en cuyo regazo amoroso han de quedar los hijos, si el padre ó la madre. Prescindiendo de las consideraciones de culpabilidad ó inocencia en uno ó de ambos consortes, que para determinarla, atiende la ley.

No es la lesión al sentimiento filial, el estado de ánimo del padre cuyos hijos quedan bajo el cuidado del otro consorte, lo

que ha preocupado jamás al legislador al tratar del divorcio.

— Ha sido, como antes indiqué, y es actualmente, el obstáculo real y positivo que se opone á la implantación del divorcio: la impotencia de la mujer para sostenerse ella y sus hijos por sus propios esfuerzos.

De este modo, el imperio del divorcio, su implantación como institución estable y sólida, depende de «la emancipación de la mujer», de que ésta pueda por si sólo, sin necesidad de auxilio ageno, librar su propia subsistencia.

Para volver luego al divorcio haré una observación respecto al matrimonio. Recordemos dos épocas del mismo nivel de moralidad: la una de dificultades para vivir; y la otra de relativo bienestar; y podremos notar la diferencia considerable que existe en el número de matrimonios que tienen lugar en ambas épocas.

Poco antes de la guerra, cuando el presentimiento de su cercanía y de sus horrores estaba en el corazón de todos los cubanos, la ciudad de la Habana, con sus 250,000 habitantes, arrojaba como promedio de matrimonios una cifra anual, menor que la correspondiente á las ciudades de cinco veces menos importancia y población que la suya.

Restablecida la paz, y no habiendo aún entrado nuestro país, de lleno, en las vías de su crecimiento económico, los datos del Registro Civil arrojan un número mucho mayor que el de los años anteriores. De este modo podemos calcular, cuál no sería esa diferencia, si el bienestar general se sintiera!

Si con el mejoramiento de las condiciones económicas aumenta, y con su depresión disminuye el número de matrimonios, cuando la mujer sea económicamente independiente y se realice, de un modo completo, ese no muy lejano ideal de las aspiraciones femeninas que se llama «la emancipación de la mujer», el divorcio se impondrá de un modo absoluto, como desenvolvimiento final de labor al través del tiempo.

El divorcio, como el matrimonio, tiende á buscar su centro, á realizarse, naturalmente,—á impulsos de los sentimientos de atracción ó de repulsión de los contrayentes.

Tal es la subordinación del divorcio á la situación de bienestar; y tales son, y tan grandes, los intereses de la mujer en que la prosperidad deje sentir, y perdure en su solucionador influjo.

RAFAEL S. DE CALZADILLA.

Habana, Marzo 12 de 1900.

Juan Clemente Zenea

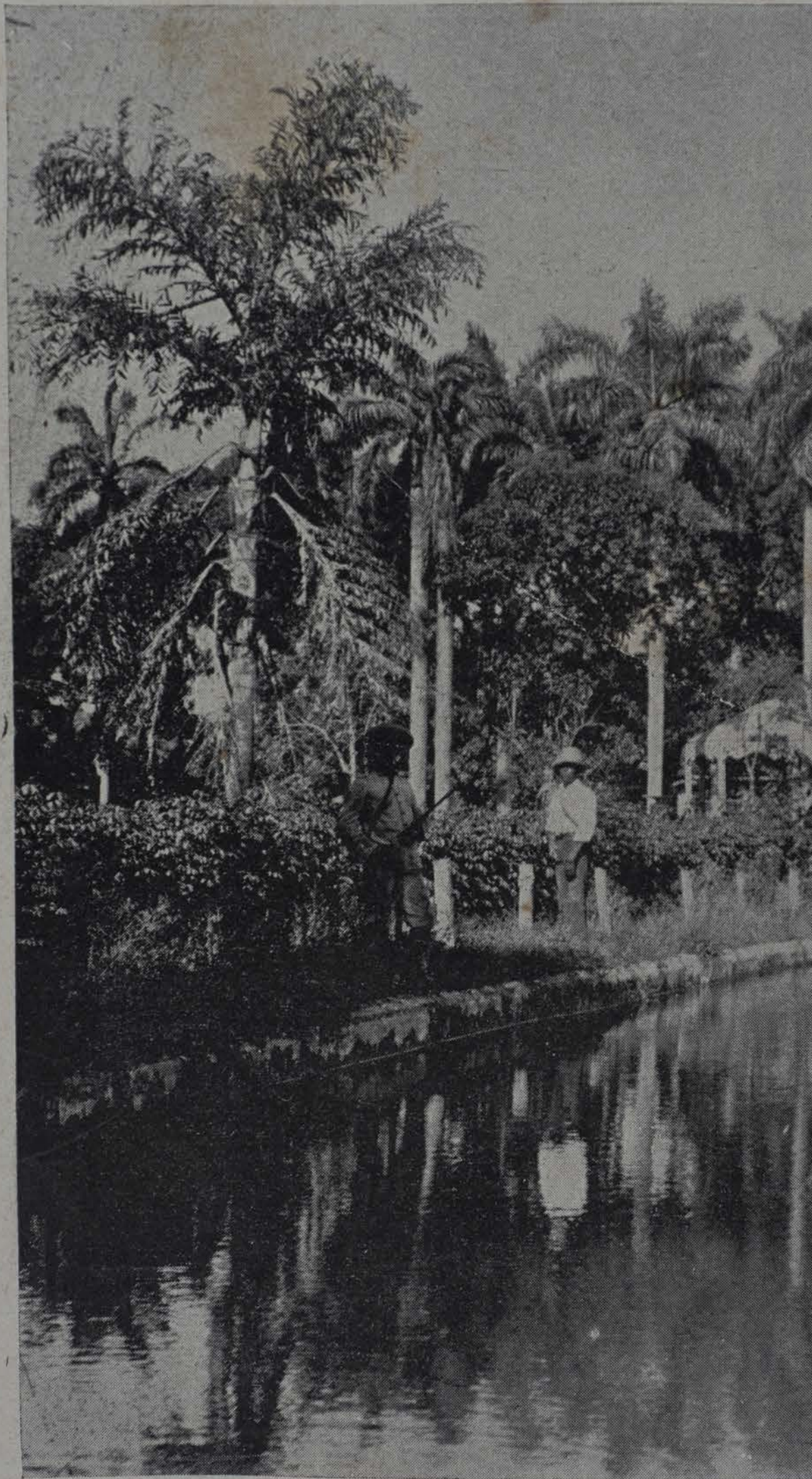
VII

Las colonias de cubanos emigrados habían ido por doquiera aumentando en número constantemente, y todas las ciudades de la vertiente atlántica de los Estados Unidos desde Boston hasta Nueva Orleans, y las repúblicas del mediterráneo antillano desde México hasta Venezuela, y aun el resto del continente, Perú y Buenos Aires, abrigan multitud de familias, que el régimen de inaudita tiranía militar en la isla establecido arrojaba violentamente de la patria, como ramas cargadas de hojas y de flores que un ciclón desencadenado arranca y desparra. No se trataba ya en aquel momento de soportar con más ó menos paciencia el sistema ordinario de colonización opresiva, que desde tiempo inmemorial aplicaba España en América; demasiado acostumbrados á él se hallaban todos en Cuba; tratábase ahora de algo infinitamente peor.

Raras veces se habrá tan pronto y com-

pletamente implantado en país alguno sistema tan abrumante é intolerable como el que en la Habana y demás poblaciones de la isla imperaba durante los primeros años de la insurrección. El comercio por mayor y menor de artículos de primera necesidad, comestibles, ropas, peleterías, etc., la fabricación del pan, el expendio del pescado y muchas otras mercancías se hallaban, en

virtud de escandalosos privilegios ó de inicuos aranceles de aduana, exclusivamente en manos de españoles venidos de la península, pues de la península se importaban esos artículos, á pesar de que ella ni compraba ni consumía, salvo en insignificante cantidad, productos del suelo cubano. Los dueños y los dependientes de las tiendas, donde esas mercancías se importaban, ó se vendían al por menor, en número de varias docenas de millares, casi todos en la flor de la edad, ignorantes y saturados de preocupaciones desde la cuna, que habían abandonado el cultivo del campo allá en el fondo remoto de sus provincias pa-



Paisaje cubano.

ra venir á Cuba, atraídos por la seguridad de reunir en corto tiempo una fortuna y volver á sus miserables aldeas, se engancharon y armaron organizándose en batallones con el nombre de Voluntarios, con oficiales improvisados también y sacados de su seno, únicamente encargados todos de guarnecer las ciudades, á guisa de cuerpos de policía armada, mientras las tropas regulares eran, apenas desembarcaban de España, despachadas á pelear en el interior contra los insurrectos.

No estaban acuartelados ni bajo la inmediata tutela de sus jefes, guardaban las armas en sus respectivas moradas, no prestaban más servicio reglamentario que montar guardia en las puertas del recinto amurallado ó de los edificios públicos que nadie amenazaba, y no se sometían á más disciplina que la necesaria para marchar y pavonearse por las calles, inspirando terror á las mujeres y los ancianos, no disimulando la satisfacción de rudos campesinos ó vulgares proletarios, que sienten á su merced ciudades ricas y adelantadas cual nunca habían soñado ver antes de poner el pie en América. Una mirada, una sonrisa al pasar, bastaba para que tomando ellos mismos la justicia por sus manos condujesen á las cárceles al supuesto delincuente, de donde casi siempre sólo se salía para ir deportado sin formación de causa á la isla insalubre y mortífera de Fernando Póo, ó para comparecer ante consejos de guerra, en que se sentaban también oficiales de esos mismos cuerpos voluntarios, y oírse condenar á varios años de cadena en los presidios de Ceuta ó de Melilla. Eran mil veces más tumultuosos y desalmados que las guardias famosas de pretorianos ó genízaros, procedían por su propia cuenta como jueces y como partes, obedecían sólo á sus pasiones desenfundadas, y no tenían cerca ni Emperador ni Gran Turco para contenerlos en sus desmanes. Son responsables ante la historia de la furia homicida con que se llevó á cabo aquella guerra sin cuartel, de los infinitos atentados que contra personas tranquilas é indefensas se cometieron en las ciudades, de los espectáculos horribles que se dieron en la Habana cuando para complacerlos, halagarlos y colmar sus desnaturalizados apetitos, les remitía el general Caballero de Rodas desde el Camagüey los prisioneros de guerra importantes que caían en su poder.

De las ciudades del oriente y el centro de la isla era fácil á los cubanos salir al campo y engrosar las filas rebeldes; pero en las más



Presidio.—Habana.

numerosas y pobladas de occidente no quedaba otro recurso que emigrar al extranjero desde donde gracias á la extensión y forma del país las comunicaciones por el mar con el territorio insurreccionado se mantenían con cierta regularidad. Gente sobraba en los campos que aguardaba impaciente del extranjero armas y municiones; á llevarlas custodiando los convoyes se dedicaban los unos, mientras los otros, naturalmente los más, ó se despojaban de la mejor parte de lo que de sus fortunas les quedaba, ó se consagraban al trabajo para auxiliar con sus salarios la marcha de la campaña. Componíanse pues las emigraciones de individuos de todos sexos y edades, así como de la más diversa posición social, desde el millonario hasta el obrero torcedor de tabacos; eran como pedazos de la patria, completos cada uno por sí solo, cada uno en pequeño imagen perfecta de los méritos y defectos del carácter cubano, fragmentos de una sociedad por el cataclismo político desprendidos é incrustados en suelo extranjero. Donde como en Nueva York se contaban los cubanos por millares, había realmente una ciudad cubana flotando, por así decirlo, en la gran metrópoli anglo-americana, que vivía conforme á las costumbres de su país, que pensaba, hablaba, trabajaba, con el objeto único de favorecer la independencia de la isla y apresurar la vuelta á la patria perdida y reconstruida.

Tenía asiento en Nueva York la «Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico», presidida por un Agente general, que en aquellos momentos era Miguel Aldama, patriota laborioso y enérgico, adversario irreconciliable de la tiranía española, que por adherirse á la insurrección había perdido una de las fortunas más grandes y sólidas del país, fortuna compuesta casi toda de grandes propiedades agrícolas en magní-

co estado de producción, creada por el trabajo y la constancia, sin el estigma del tráfico de negros africanos, que manchaba los orígenes de la mayoría de los capitales españoles de Cuba. De sus esfuerzos se esperaron como de su ejemplo grandes resultados, pero al desastre del *Lillian* vino á añadirse casi al mismo tiempo el de otro vapor, el *Hornet*, primer barco de guerra de la república cubana, aprestado en su mayor parte por el peculio particular de Aldama, que de nada sirvió en definitiva, porque cuando se le suponía sembrando como corsario el terror entre los buques mercantes españoles, entraba á las órdenes de su comandante, escogido como antiguo marino avezado en el servicio de la Confederación del Sur á la práctica del corso, en el puerto de Wilmington, bien por escasez de carbón, según se dijo, bien para probar, y es lo verosímil, si le permitían con la bandera cubana enarbolada abastecerse de combustible, dejando así sentado el precedente para cuando lo necesitase más adelante después de sus excursiones por el golfo de Méjico y el canal de la Florida. En vez de lo que buscaba se halló con la salida entredicha y abordado por un *Marshal* de los Estados Unidos y una escolta de alguaciles. Este nuevo desengaño, sumado á las amargas de la situación, á los azares de la comunicación con la patria, al anuncio diario y enervante de triunfos españoles, ficticios á menudo, ridículamente abultados siempre, pero imposibles de desmentir categóricamente en el acto; á la hostilidad no encubierta de Hamilton Fish, Secretario de Estado, cuyo yerno era consejero y defensor del gobierno español en los numerosos procesos ocasionados por la salida ó los preparativos de las expediciones, exhaltaban hasta el paroxismo la angustia de toda la emigración, consecuencia forzosa de la tensión moral en que vivía bajo el imperio constante de una sola idea, de una esperanza que cada día, cada momento miraban, fija sin cesar delante de los ojos, como los oasis encantados del desierto.

Tal era, á grandes rasgos la situación de la colonia cubana, cuando de pronto se supo que el general Manuel de Quesada, á quien se creía siempre á la cabeza del ejército cubano, se hallaba en Nassau, salía para la Florida, y venía por ferrocarril á Nueva York.—ENRIQUE PIÑEYRO.

* Publicamos en otro lugar una poesía de un jóven amigo (Recuerdos, por J. B. X.) cuyas primicias poéticas son recomendables.

Suspiros y Lágrimas

- Suspiras porque el alba en lejanía
Derrama sus matices y sus notas?
- Suspiro de dolor porque creía
Las alas de mi amor por siempre rotas.
- Suspiras porque el sol en Occidente
Presto se oculta de otro mundo en pos?
- Suspiro al recordar sobre mi frente
El dulce beso de su triste adiós...
- Lloras tu palidez mirando al cielo
Porque envidias su luz á las estrellas?
- Lloro sin esperanza y sin consuelo
Porque he perdido de mi amor las huellas.
- Lloras al ver los rayos de la luna
En la noche forjar tristes visiones?
- Lloro como jamás lloró ninguna
Porque han muerto al nacer mis ilusiones.

1896.

PEDRO ESTÉVEZ Y ABREU.

Rimas

El día con su manto
de vívidos colores
Inspira cosas dulces:
la risa y la ilusión.
Entonces la mirada
se inclina hacia las flores...
¡Las flores son los versos
que el prado canta al sol!

La noche con su sombra
que deja ardientes rastros
Inspira cosas graves:
la angustia y la oración...
Entonces la mirada
se eleva hacia los astros...
¡Los astros son los versos
que el cielo canta á Dios!

¡Que pliegue el ala de oro
la tarde en el vacío!
¡Qué pasen por mi mente
las ondas del Cendrón!
¡Qué caiga de la nube
la gota de rocío!
¡Qué radien las estrellas
que trine el ruiseñor!

S. DÍAZ MIRÓN.



Hospital «Mercedes»—Habana.

José Aniceto Iznaga y Borrell

Entre los patriotas cubanos de la generación antepasada, precursores de los que al cabo de cruenta lucha han logrado la libertad de Cuba, pocos hubo tan perseverantes como José Aniceto Iznaga y Borrell, constante compañero del inolvidable *Lugareño* de Camagüey y alma de la peregrinación en busca de auxilios de Bolívar hace setenta y siete años.

Hoy honramos las páginas de esta Revista con su retrato, y á falta de buena biografía suya, damos á nuestros lectores algo á modo de su semblanza, tomado de una carta familiar que no por estar escrita con el desahogo y negligencia disculpable en correspondencia epistolar entre amigos de confianza, deja de retratar fielmente á uno de los hombres que más contribuyeron á infundir ardor patriótico en la juventud cubana de la primera mitad del presente siglo:

«Sábado, 16 de Febrero de 1895.

Amigo Vidal:

.....«y pensando ahora en *el viejo* Aniceto, no puedo resistir á la tentación de contar á V. algo de ese buen amigo mío.

Sabe V. que él y yo habíamos sostenido larga y tirada correspondencia epistolar (él desde París, yo desde Madrid) sin que personalmente nos conociésemos. Por primera vez nos vimos en París á fines de Marzo ó principios de Abril de 1851, en el Hotel de los Extranjeros, rue Vivienne, que fué por largo tiempo su morada.

Subí en esa ocasión al tercer piso del mencionado Hotel; toqué á la puerta que el conserje me había indicado; de dentro me gritaron *¡come in!*, porque don Aniceto hablaba inglés en París y francés en Londres; abrí, entré, y de pronto me pareció que entraba en el laboratorio de algún alquimista de la edad media.

Un más que mediano fogón portátil, forrado de azulejos y encaramado sobre cuatro patas en medio de la habitación; no lejos del fogón, que á la sazón humeaba, un antiquísimo buró sobrecargado de papeles, entre el uno y el otro mueble un taburete contemporáneo del buró, una silla de brazos y un ancho sillón de oreja de los que estuvieron de moda á fines del siglo pasado; una gran cama de caoba de aspecto monumental, una cómoda, un armario, no sé cuántas maletas y baules, algunas sillas é innumerables paquetes, legajos y cachibaches, todo cubierto de polvo; y de pié, delante de mí, un hom-

bre ya entrado en años pero vigoroso, de menos que mediana estatura y pocas carnes, de enjuto rostro, ceñudo semblante, nariz robusta y venerable barba cana que le caía hasta la mitad del pecho; subidos á lo alto de la frente unos reforzados espejuelos de plata, cubierta la ancha cabeza con un vetusto gorro tunecí, envuelto el cuerpo en amplia bata que le cogía del cuello á los tobillos y metidos los piés en enormes chinelas de lana acolchada.

Fijó en mí los vivísimos ojos negros, que era lo más notable de su fisonomía, con aire de quien no está de humor de charla con desconocidos; y como él no parecía dispuesto á hablar, tuve que hacerlo yo y entre los dos se entabló, sobre poco más ó menos, el siguiente diálogo:

—Vengo á ver al señor don José Aniceto Iznaga.

—Servidor de V.

—Supongo que V. habrá recibido una carta de Madrid que le anuncia la visita de * * *.

—¿Trae V. algún encargo de ese señor?— preguntó sin quitarme la vista de los ojos, como quien empieza á desconfiar.

—Lo traigo á él, porque soy * * *. Acabo de llegar á París, y en cuanto me sacudí el polvo del camino he venido á ponerme á las órdenes de V.

Mirábame y remirábame el buen viejo de hito en hito, como quien no las tiene todas consigo y no sabe qué creer, hasta que tras mucho mirarme y remirarme refunfuñó más bien que dijo:

—Yo creía que ese señor * * * sería hombre de más edad.

—Tengo veinte y siete años cumplidos, señor don José Aniceto.



Calle del Prado.—Habana.

—Pues apenas representa V. más de veinte.

—Si V. me lo permite (díjele riéndome y señalando con el dedo el anticuado buró) escribiré ahí algunos renglones con la misma letra y firma que usaba en Madrid, y además, tengo en París parientes y amigos bien conocidos que puedan identificar mi persona: el Conde de Montalvo, Santiago Drake, Leandro Arozarena, Victoriano Arrieta, Pedro Agüero, José Antonio Saco...

—No, no, no hay para qué (me interrumpió). Temí que trataran de sorprenderme, y como yo me lo figuraba á V. hombre de cuarenta años por lo bajo, y gracias á que aparente la mitad... Siéntese Vd. y hablaremos.

Me senté y hablamos. Esa tarde comimos juntos en el Palais Royal, y cuando después de comer nos separamos, ya había empezado yo á cobrarle afición á aquel hombre singularísimo á quien andando el tiempo tuve que apreciar y respetar, y de quien al cabo de tantos años no puedo acordarme sin enternecimiento, agradecido á las mil muestras de cariñoso afecto que de aquel día en adelante me prodigó.

En el poco tiempo que entonces pasé en París nos vimos diariamente, y juntos fuimos á Londres á fines de Abril para asistir

á la apertura de la primera Exposición Universal en Hyde Park. Meses después volví á Francia, y en su cuarto del Hotel de los Extranjeros pasé no pocos días enteros con él, registrando, copiando y extractando interesantes papeles viejos de su archivo, riquísima mina de documentos históricos que revelaban y explicaban móviles desconocidos de multitud de sucesos políticos de Cuba, México y Venezuela de 1818 en adelante; de ahí saqué con qué llenar una maleta que cuatro años más tarde se robó (cuando yo estaba preso en un calabozo del Castillo de la Punta) cierto bulto «de cuyo nombre no

quiero acordarme», y de tan inestimable riqueza no conservo más que el extracto que V. conoce de las peregrinaciones en busca de Bolívar. Con él anduve constantemente en los tres días terribles del *golpe de estado* de Luis Bonaparte; por cierto que á él debo no haber perecido el 4 de Diciembre en la matanza del Boulevard des Italiens, de la que gracias á él me salvé en el Passage des Panoramas. Dos años después volvimos á tener muy frecuente trato, y en cerca de cuatro que mediaron de principios de 1851 á mediados de 1855, nunca dejamos de cartearnos á menudo siempre que estuvimos separados, de manera que bien pude conocerlo íntimamente.

Fué, como antes dije, hombre singularísimo, por de más vehementemente, de tesón incontrastable y aspecto adusto, pero de ilimitada tolerancia é indulgencia con sus amigos, mayormente con los jóvenes, extremado en todo, ó quería entrañablemente ú odiaba con alma, vida y corazón; el Padre Varela era para él «un santo», veneraba la memoria de su hermano Antonio Abad; profesaba fraternal cariño á Narciso López, al *Lugareño* y á Nicolás Brunet; á Pío y á Justo Mazorra y á Juan Jorge Peoli los miraba como á hijos suyos predilectos; á José Antonio Saco «no

podía verlo ni pintado», rara vez lo mencionaba sin calificarlo de *babujal*, *Mefistófeles*, *apóstol pancista* ó algo peor, y una mañana, en casa de Galignani, después de haberlo puesto como un trapo, por poco lo apalea con lo que llamábamos su *tremenda ultrice estaca*, que era el formidable bambú con pesada cabeza de bronce que le servía de bastón.

Aunque de su familia recibía más de lo suficiente para vivir con holgura, hacía vida de cenóbita, contentándose con el monástico plato que él mismo preparaba en su cuarto en el consabido fogón portátil forrado de



Paisaje cubano.—Oleo por Carlos Batista.

azulejos, porque materialmente se quitaba el pan de la boca para socorrer á compatriotas necesitados y contribuir á la obra de propaganda á que se había consagrado.

Franqueándose á solas conmigo solía lamentarse de haber crecido en Trinidad, decía él, «como potro en potrero, criado á todo rejo», con sobra de dinero á mano, rodeado de parásitos y aduladores que lo pervirtieron con malos ejemplos y peores consejos, causa de los escandalosos extravíos de sus primeros años de que estaba sinceramente arrepentido y procuraba subsanar con la conducta ejemplar de su edad viril y su vejez. Ya hombre hecho, trató de reparar su carencia de instrucción y leyó mucho, con bastante aprovechamiento. Las vicisitudes de su asendereada vida, los continuos viajes y la importancia de los asuntos que siempre trajo entre manos, lo pusieron en contacto con hombres eminentes, de cultura intelectual y buena sociedad, tanto en Europa como en los Estados Unidos y la América Meridional, y bien lo daban á conocer su porte decoroso y sus modales de caballero. La edad y las desgracias lo enseñaron á moderarse; pero ni en lo más mínimo amenguaron los bríos juveniles que una vez lo impulsaron á tirar el lazo en las calles de Trinidad á un Gobernador que prohibió las carreras de San Juan, y á dispararle en su propia casa un trabucazo á otro Gobernador que con malos intentos cortejaba á una hermana suya; y aunque lo ya escrito basta para darle á V. idea de lo que fué mi inolvidable *Ignacio Tenaza*, no levantaré la pluma sin referir algo de él, no muy pulcro, pero sí muy característico.

A raíz del famoso 2 de Diciembre de 1851 vendían en París, á ínfimo precio, excelentes retratos litografiados del que luego fué Emperador, y á *Tenaza* le pareció la ocasión propicia para comprar de una vez buena porción de esos retratos é ir colocándolos uno á uno, uno cada día, en los numerosos *lieux d'aisances* que allí abundan—sólo que no los ponía en paraje ostensible, sino bien tendidos en el fondo de ciertos recipientes en que después hacía él «lo que le daba la gana», y salía riéndose interiormente de lo que luego habrían de escandalizarse las mujeres encargadas de la limpieza de los *Cabinets...*»

Recuerdos.

I.

Hoy, que tengo tinieblas en el alma,
Que me acosan las penas, y la calma
Se aleja de mi sér:
Viene á mi mente la terrible historia
De un amigo infeliz cuya memoria
Me causa padecer.

II.

La historia del «adiós» que á su adorada,
Por el dolor el alma destrozada,
En hora amarga dió;
Cuando con frases tiernas y sentidas,
Del espíritu triste desprendidas,
Así por la vez última la habló:

III.

«¡Adiós, mujer!» La nave de mi vida
Sigue su curso, triste y abatida,
Por el mar del dolor.
¡Ay, ya no encontrará puerto sereno,
Sino su tumba en el inmenso seno
Del mar devorador!

IV.

Guiada por la mano del Destino,
Se detuvo en mitad de su camino
En tu puerto, mujer;
Y soñé entonces que las penas mías
Se trocaran al punto en alegrías,
En horas de placer.

V.

¡Y es verdad que gocé! Pues que tu alma
Me brindó del amor la dulce calma,
La dicha, la ilusión;
Y me entregué á tus brazos con cariño,
Como en el seno de la madre el niño,
Con cándida afición.

VI.

¡Y fuí feliz, mujer, y fuí dichoso!
¡Oh, no pensé que goce tan hermoso
Pudiera disfrutar:
Yo nada ambicionaba en este instante,
Que el soplo de tu amor era bastante
Para mi afán calmar!

VII.

De tus palabras el amante arrullo
Era mucho más dulce que el murmullo
De arroyo bullidor,
Y no era por más tiempo desdichado
Escuchando, mujer, enamorado,
Las frases de tu amor.

VIII.

Y tú también gozastes; y tu pecho,
Del infortunio á los embates hecho
Sólo para penar,
Dejó por un instante sus dolores,
Olvidó del pasado los horrores,
Y dicha vino á hallar.

IX.

Apuraste, mujer, con avaricia,
De mi puro cariño la delicia,
La copa de mi amor,
Como bebe la gota de rocío
Quemada por la lumbre del estío
La moribunda flor.

X.

Mas, ¡ay, mujer! muy corta, sí, muy breve,
Como un suspiro de la brisa leve
Nuestra delicia fué;
Y hoy vemos, aterrados, que se escapa
De nuestra vida la más dulce etapa.
Sin saber ni por qué.

XI.

Todo pasó, mujer, como atraviesa
Rápido lampo la tiniebla espesa
Llenándola de luz,
Y de seguida el cielo se ennegrece,
Que vuelve la tiniebla y lo oscurece
Con lóbrego capuz.

XII.

¡Todo acabó, mujer! ¿Por qué mi nave
Se detuvo en tu puerto como un ave
Enviada de Luzbel,
Para brindarte dichas y ternura
Que el mundo convirtiera en amargura
Con su sentencia cruel?

XIII.

Herido por el dardo de la envidia,
Henchido de maldad y de perfidia,
Su fallo pronunció,
Y la baba maldita y asquerosa
De la calumnia criminal y odiosa
Hasta tu sér llegó.

XIV.

Pero manchar no logra tu pureza;
Que no puede del hombre la vileza
Manchar á una mujer
Que tiene siempre virgen la conciencia,
Y lleno de virtud y de inocencia
El fondo de su ser.

XV.

Por eso yo, con mi dolor profundo,
Me voy lejos de tí para que el mundo
No te haga sufrir más;
Y cuando yo de tí me haya alejado
De un sufrimiento grave y prolongado
Libre al fin te verás.

XVI.

¡Adiós, mujer! La nave de mi vida
Sigue su curso, triste y abatida,
Por el mar del dolor:
Eternamente vagará al acaso,
Y ha dejado muy lejos de su paso
Las playas del amor!

Esta es la historia que mi pobre amigo,
En un momento de expansión, conmigo
A solas, me confió.
Y cada vez que la desgracia impía
En mí su daga emponzoñada y fría
Clava sin compasión, en mi agonía,
Lloroso y triste, la recuerdo yo.

J. B. X.

Habana, 1899.

Guerra de emancipación de Cataluña (1)

O tomar las armas para defender
vuestra libertad ó dejar este suelo
á hombres más dichosos.

CLARIS.

El despotismo fué siempre la regla de conducta de España con los países que conquistó, y la causa de tantas guerras de independencia que se vió obligada á combatir; y como si no hubiese sido bastante haberlo empleado fuera de casa y obtenido siempre los mismos funestos resultados, dióse las artes necesarias para que, empleado también en casa, tuviese dentro de ella una guerra de independencia sostenida con el mayor encarnizamiento, y que tuvo de duración nada menos que doce años.

Nos referimos á la guerra y separación de Cataluña en tiempos de Felipe IV.

A consecuencia de la lucha que sostenía este monarca contra Francia, Cataluña, más que ninguna otra región de España, tuvo que sufrir los insultos, los robos y los escándalos de los ejércitos castellanos que tenían sumidos á los pueblos en un estado de completa aflicción, realizándose los robos lo mismo en la propiedad privada que en los templos y monasterios, no obstante ser esos ejércitos del Rey católico por excelencia.

En ahorro de mayores males, los catalanes ofrecieron encargarse de la defensa de sus plazas y no omitir sacrificios para evitar cualquiera invasión por sus fronteras; pero los catalanes no eran bien quistos en la Corte, nó por el Rey que conservaba recuerdos poco agradables de la entereza con que lo trataron sus Cortes en 1632; nó por el Conde-Duque de Olivares resentido á causa de haber tomado Cataluña el partido del Almirante de Castilla en las viejas contiendas entre ambos; y nó por los Consejeros de Felipe por seguir al Conde-Duque de quien eran humildes servidores.

La enemiga del gran valido databa de larga fecha. Miraba á los catalanes con una marcada aversión y de largo tiempo atrás meditaba como hacérsela sentir al Principado. Él fué el primero que osó reclamar de éste la contribución de sangre llamada el quinto; él quien elevó á tribunales extraños causas que era de ley conocieran los de Cataluña únicamente; él quien dió los castillos y las plazas fuertes á adve-

(1) De la obra de D. Francisco Manuel de Melo.

nedizos de otras partes cuando sólo los catalanes debían guarnecerlos; él, en fin, quien pisoteó los venerandos fueros del Principado regocijándose de causarle tan gran daño.

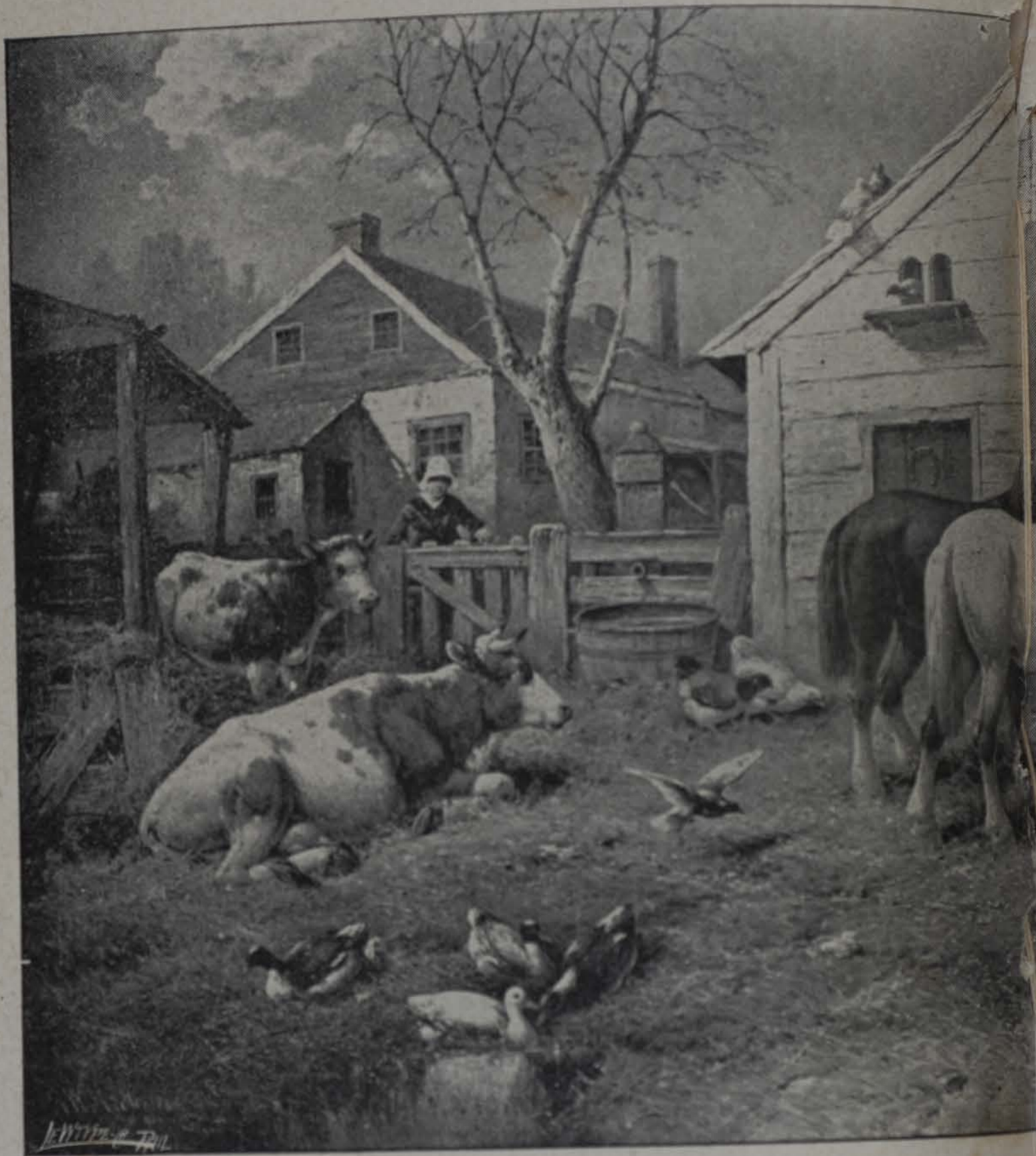
Así, pues, no es de extrañar que no fuesen aceptados los ofrecimientos hechos al Rey por los catalanes de guardar sus plazas y defender sus fronteras sin necesidad de gente forastera, lo cual hubo de causarles, como era lógico suponer, una gran contrariedad, y más, cuando ni aun las gracias recibieron por sus nobles intentos.

Lo único que se hizo fué darles por Virrey á D. Dalmau de Queralt, Conde de Santa Coloma, hijo del Principado y muy querido de su pueblo.

En aquellas circunstancias, apoderáronse los franceses de la plaza de Salses, y para recuperarla acudieron los catalanes en gran número y con copiosa provisión de víveres, tomando además sobre sí el pago y manutención del ejército en los siete meses que duró el sitio, ejército en que llegaron á contarse unos 30,000 hombres.

Recuperada la plaza, no hubo recompensas ni mercedes para los esforzados y sacrificados catalanes y, lo que es peor ni muestras de agradecimiento por parte de quien con razón las debía, con lo cual vino el propósito de no tentar fortuna por segunda vez, ya que de la primera tan mal habían salido. Teniendo encima el invierno y suspendidas las operaciones, tomaron el acuerdo el Virrey Santa Coloma y el Jefe del ejército Felipe Espínola de repartir éste por todo el país según la capacidad de los pueblos. ¡Y aquí fué Troya! Todos los sufrimientos de Cataluña hasta entonces fueron nada al lado de los que le esperaba á partir de ese malhadado instante.

Los soldados, gente por su naturaleza licenciosa, se permitían toda clase de insultos: discurrían libremente por los campos acabando con los frutos, robando ganados, violentando á quienes los alojaban, disipando la hacienda ajena, atentando contra la vida de los ciudadanos y lesionando atrozmente la honra del que les servía y sustentaba. Los que mandaban las tropas ni enmendaban á los soldados ni daban



EL CORRAL DE UNA GRANJA EN

satisfacción á nadie. Los tribunales estaban atestados de reclamaciones y por todas partes no se hablaba sino de las miserias y escándalos que sufría el país. El aborrecimiento á los soldados había llegado á su colmo y todo indicaba que se preparaban días de mayores tribulaciones y duelos para Cataluña.

En tales circunstancias, se presentó al Virrey D. Francisco Tamarit llevando la

voz de la nobleza y pidiendo pronto y eficaz remedio porque de lo contrario nadie sabía á dónde se podría llegar. Recibióle el Virrey con aire severo y lo mismo hizo con la diputación de Barcelona que se le presentó después de Tamarit, tomando la grave resolución de encarcelar á éste y á dos de la diputación barcelonesa, de lo cual mucho se congratuló el Rey cuando lo supo.

Llegado ya el tiempo de renovar la cam-

las pasiones, se cometieron por ambos bandos horrores increíbles y ya no hubo consideración que fuera respetada; la sed de venganza era lo único que se deseaba satisfacer.

El Principado acudió al expediente de mandar una embajada al Rey, compuesta de nueve personas que representaban la iglesia, la nobleza y el pueblo; y apenas llegadas á Alcalá de Henares fueron detenidas con orden de no pasar adelante. Entonces

los catalanes escribieron á la Reina, al Príncipe y á los Ministros superiores y lanzaron un impreso al mundo que llamaron *Proclamación católica*, manifestando á todas las gentes la justicia y la razón que les asistía para expresar sus quejas y solicitar el remedio de sus profundos males.

La Corte al fin tomó el partido de oír á los embajadores *pro-fórmula*; y el Conde-Duque citó á junta á los principales Dignatarios de España para tomar parecer y resolver lo que cuadrara mejor á los derechos de su amo.

Reunida la junta, el Conde-Duque se mostró intransigente lo mismo que el cardenal Borja, presidente de Aragón; pero el Conde de Oñate se mostró contemporizador diciendo entre otras cosas lo siguiente: «Que era costumbre de los afligidos el abrazar cualquier medio que les sugiriese una calamidad presente, aunque los llevase á otros nuevos daños; y que siendo así ¿qué

seguridad podría tenerse de que los catalanes amenazados por su Rey no se arrojasen por la rebeldía hasta caer á los piés de su mayor émulo? Procedió Cataluña ciegamente, yo lo confieso; pero muestra ahora señales de su dolor, justíficase con voces y papeles, con informaciones y embajadas; pide justicia contra los que han perturbado sus cosas, nómbralos y límitase á éste ó á aquel medio ¿qué le falta sino que creamos en ella? Sa-



GRAYSON NEW ENGLAND. — ESTADOS UNIDOS.

paña, las tropas empezaron á moverse de unos á otros lugares y los paisanos salían á recibirlos como á enemigos, siguiéndose entonces terribles represalias. La sangre corría por todo el país del modo más inhumano; y el motín de Barcelona, provocado por los segadores el día de Corpus de aquel año (1640), que terminó con la muerte del Virrey, fué la señal de la revolución que todo el mundo veía venir. Desbordadas

bed, señores, que no hay miseria que se iguale á una guerra civil. Pensemos que entramos victoriosos, que abrasamos, que talamos y destruimos, ¿qué es lo que ganaríamos sino montes desiertos, pueblos abrasados y plazas echadas por tierra? ¿Sería esto ganar á Cataluña? ¿Qué sería sino más bien cortarnos una mano con otra y quedar España con una provincia menos? ¿Llora Cataluña? No la desesperemos. ¿Gimen los catalanes? Oigámosles. El mayor arte de los médicos es ayudar á la naturaleza con beneficios allí donde muestra inclinarse. Salga, pues, el Rey con su corte: acuda á los que lo llaman é infórmese y castigue, consuele y reprenda, que más acaban y más felizmente triunfan los ojos del Príncipe, que los más poderosos ejércitos.»

De acuerdo con este pensamiento resolvióse que el Rey saliera de Madrid con pretexto de celebrar Cortes aragonesas, (cosa que no llegó á realizarse) pero también quedó resuelta la guerra contra los rebeldes catalanes; guerra cruenta como lo exigía el crimen que cometían.

Como consecuencia de esta actitud del monarca, la Generalidad de Cataluña ó sea su Diputación general reunióse en Barcelona para tomar las decisiones que la gravedad de la situación requería, y el diputado Claris, canónigo de la catedral de Urgel, arrebató á todos los circunstantes hablándoles al alma y haciéndoles ver que no había otro camino que defenderse y salir de la tiranía que los oprimía: «Nobilísimos catalanes, dijo Claris, está Cataluña esclava de insolentes, nuestros pueblos como anfiteatros de sus espectáculos, nuestras haciendas despojo de su ambición y nuestros edificios materia de su ira, los caminos, ya seguros por la industria de nuestras justicias, ahora se hayan nuevamente infestados, las casas de los nobles les sirve de fáciles hosterías, sus techos de oro y de preciosas pinturas arden lastimosamente en sus hogueras; mas ¿cómo tratarán con reverencia los palacios los que no se desdennan de ser incendiarios de los templos? Y á vista de todas estas lástimas hay quien pretenda ahora persuadirnos con espacios, negociaciones y mansedumbres? ¿Cuánto tiempo ha, señores, que padecemos? Desde el año 1626 está nuestra provincia sirviendo de cuartel de soldados; pensamos que el de 1632 con la presencia de nuestro príncipe se mejorasen las cosas, y nos ha dejado en mayor confusión y tristeza: suspensa la república é imperfectas las Cortes. Ya los medios suaves se acabaron: largos días ro-

gamos, lloramos y escribimos; pero ni los ruegos hallaron clemencia, ni las lágrimas consuelo, ni respuestas las letras. Decidme, si es verdad que en toda España son comunes las fatigas de este imperio, ¿cómo dudaremos que también sea común el desplacer de todas sus provincias? (1) Una debe ser la primera que se queje, y una la primera que rompa los lazos de la esclavitud: á esta seguirán las más: oh! no os excuseis vosotros de la gloria de comenzar primero! Castilla soberbia y miserable no logra un pequeño triunfo sin largas opresiones: (2) preguntad á sus moradores si viven envidiosos de la acción que tenemos á nuestra libertad y defensa. ¿Dudáis del amparo de Francia siendo cosa indubitable? ¿Qué es lo que os falta, catalanes, sino la voluntad? ¿No sois los descendientes de aquellos hombres famosos que después de haber sido obstáculo á la soberbia romana, fueron también azote á la felicidad de los africanos? ¿No guardáis todavía reliquias de aquella famosa sangre de vuestros antepasados que vengaron las injurias del imperio oriental domando la Grecia? ¿Quién os ha hecho otros? Fuísteis á vengar agravios de extranjeros ¿y no seréis para satisfaceros de los propios? ¿Qué más justa ocasión para redimir á vuestra patria? Yo no digo que con demasiadas sollicitéis la indignación del Rey; yo no digo que le neguéis el nombre de Señor; pero sí digo que tomando las armas briosamente, procuréis defender con ellas vuestra justísima libertad, vuestros honrados fueros: que guarnezcaís vuestras villas y ciudades, que fortifiquéis lo flaco, que reparéis lo fuerte, que generosamente pidáis satisfacción de los delitos de estos bárbaros que nos oprimen, que alcancéis su apartamiento de nuestra región y el descanso de la patria y si no lo alcanzáis lo ejecutéis vosotros; ó que si también halláreis dura esta resolución á ese punto, tratemos todos juntos de desamparar y dejar de una vez esta miserable provincia á otros hombres más dichosos.»

Estas palabras, llenas del santo amor á la patria, repercutieron profundamente en toda Cataluña y fueron como los sones del clarín que llamaba al combate. Tomáronse heroicas resoluciones y el país en masa se preparó para la guerra.

Seguidamente se pensó en la protección

(1) Este descontento de las provincias había empezado á manifestarse desde el reinado de Felipe II. Cuando D. Juan de Austria atravesó una parte de España para ir á los Países Bajos escribió á su hermano dándole cuenta de que «había observado mucho disgusto por lo que quera que había pasado.»

(2) De muy antiguo data el Catalanismo, según se ve.



Oleo de J. Arburu.

y ayuda de Luis XIII de Francia y fué elegido para demandarla el caballero de Perpiñán D. Francisco Villaplana, quien llevó á cabo las negociaciones con el mayor éxito y con gran regocijo de los catalanes, que no desconocían la magnitud de la empresa en que iban á empeñarse.

Entablada la guerra, y en el curso de ella la conducta de los ejércitos reales talándolo y destruyéndolo todo como en tierra de conquista, la toma de Tarragona, el avance de poderosas fuerzas contrarias sobre Barcelona y la superioridad de los elementos del monarca español sobre los del Principado, hizo flaquear en no poca parte el ánimo de los catalanes y reunidos en gran consejo más de doscientos representantes resolvieron «que la república se hallaba incapaz de defenderse por sus solas fuerzas; que estaban en uno de los casos que las leyes ponen de ser lícito excusarse del imperio del Señor natural y elegir otro según los mismos fueros de la naturaleza; que el pretexto del ejército era sólo la destrucción universal del Principado abrasando sus campiñas, arruinando sus pueblos, consumiendo sus tesoros, vituperando sus honores y últimamente reduciendo la ilustre nación catalana á miserable esclavitud; por lo cual no sólo les era lícito rehusar como violentísimo y tiránico el cetro de Felipe, sino que también debían nombrar y escojer un príncipe justo y grande á quien entregar la protección de su Principado, y que ninguno podía ser más dignamente dueño y amparo de su nación que la majestad cristianísima de Luis XIII Rey de Francia.»

Llevados de este general deseo los catalanes, aclamaron por Conde de Barcelona al

Rey de Francia. Esto pasaba en Enero de 1641.

Entretanto, el ejército real puso cerco á Barcelona é inició el ataque, con sin igual furia, del castillo de Montjuich. No son del caso en esta suscita narración referir las peripecias de esta célebre jornada: bástenos consignar que se terminó con señalada fortuna para los catalanes que, derrotado y maltrecho, obligaron á alejarse de su capital al ejército del Monarca español, no sin dejar el campo sembrado de cadáveres.

Después... después sucedió lo que por desgracia era achaque en aquellos tiempos de las Monarquías absolutas, y fué que Cataluña no encontró bajo el cetro de Luis XIII lo que ella había creído. De dominación á dominación la diferencia no fué muy marcada, pues las tropas francesas se hicieron bien pronto detestar por sus desmanes y tropelías, y la represión de los llamados á corregir tales males no llegaba sino tarde y muy debilitada, así es que pronto se formaron dos partidos en el país, el uno por Luis y el otro por Felipe; y si á esto se agrega que la fortuna no siguió volviendo las espaldas tan cruelmente como en Montjuich á las tropas de este último, fácilmente se comprenderá que la sublevación de Cataluña tenía ya contados sus días.

Poco importó el triunfo del Mariscal La Motte sobre los castellanos en Villafranca; poco importó la toma de Perpiñán por el Mariscal Schomberg: nada de esto compensaba á los catalanes lo que tenían que soportar á los franceses.

Por último, muerto Richelieu, muerto Luis XIII, caído el Conde Duque, mejor



Oleo de J. Arburu.

aconsejado Felipe IV, que publicó un manifiesto prometiendo á Cataluña un olvido total de todo lo pasado, mostrándose altamente y bueno y sincerándose de las acusaciones que le habían hecho, suscitada una guerra civil en Francia que privó á los catalanes de más fuerzas auxiliares, azotado el país por el hambre y Barcelona por la peste, ya podía decirse que todo estaba concluido.

Faltó únicamente el sitio y capitulación de Barcelona, que se rindió á Don Juan de Austria, para poner fin á una guerra de doce años que Castilla provocó y que hubiera terminado con la emancipación de Cataluña si hubiese tenido, como Portugal, un descendiente de sus antiguos Condes á quien entregar la soberanía y no hubiera tenido que recurrir á un Monarca extranjero que no podía ser un patriota más.

Pero la guerra de Cataluña ha dejado bien cimentada en la historia de España esta verdad indiscutible que indicamos al comenzar este capítulo: «que la necesidad de salir de la tiranía española fué sentida no sólo por extraños países, sino tambien por una parte muy principal é importante de su propio suelo, que se mantuvo doce años en abierta rebelión, prefiriendo entregarse á una Nación extraña á seguir formando parte del territorio español.»

LUIS ESTÉVEZ Y ROMERO.



Com. Benjamin Giberga, Representante de la Comisión de Cuba en la Exposición de París.

Cuba en la Exposición de París

GONZALO DE QUESADA. — *Comisionado especial de Cuba.* — Hotel «Raleigh». — Washington, D. C., Marzo 6 de 1900. — Señor Director de CUBA Y AMÉRICA.

Señor: Cuba, al acudir al gran Certamen Internacional de París, realiza un esfuerzo soberano, y en él se envuelven poderosas enseñanzas para nuestro futuro, la demostración palpable, indiscutible, de que nuestro pueblo, que tuvo el heroísmo un día de ir á la batalla por la Libertad, tiene hoy la virtud de consagrarse al trabajo, que es el deber de todo buen ciudadano, y construye así, sobre la base de su historia, el edificio inmortal del orden, que es el derecho y la vida de la República.

Por eso, rodeado de un grupo de conspicuos cubanos, me esfuerzo en que la exhibición de Cuba en París sea un éxito completo, significando con él al mundo expectante las energías que caracterizan al cubano y la riqueza natural del país; que acaso no habrá pueblo que como el nuestro, aparte los escombros de la Revolución al propio tiempo que levanta la propiedad y fomenta la industria.

Esta manifestación sincera que hago á V., deseo hondamente que la haga pública, como deseo que al propio tiempo conmueva á los elementos todos del país á que contribuyan esforzadamente á esta empresa ardua á que dedico hoy todas mis facultades.

Tiempo es aún para que los recelosos, los tímidos ó los indiferentes acudan á las oficinas competentes con sus productos y con la viva esperanza de que el entusiasmo despertado en Cuba por la Exposición se aumente día á día, he marcado como la fecha última en que se recibirán los objetos, el 15 de Abril próximo.

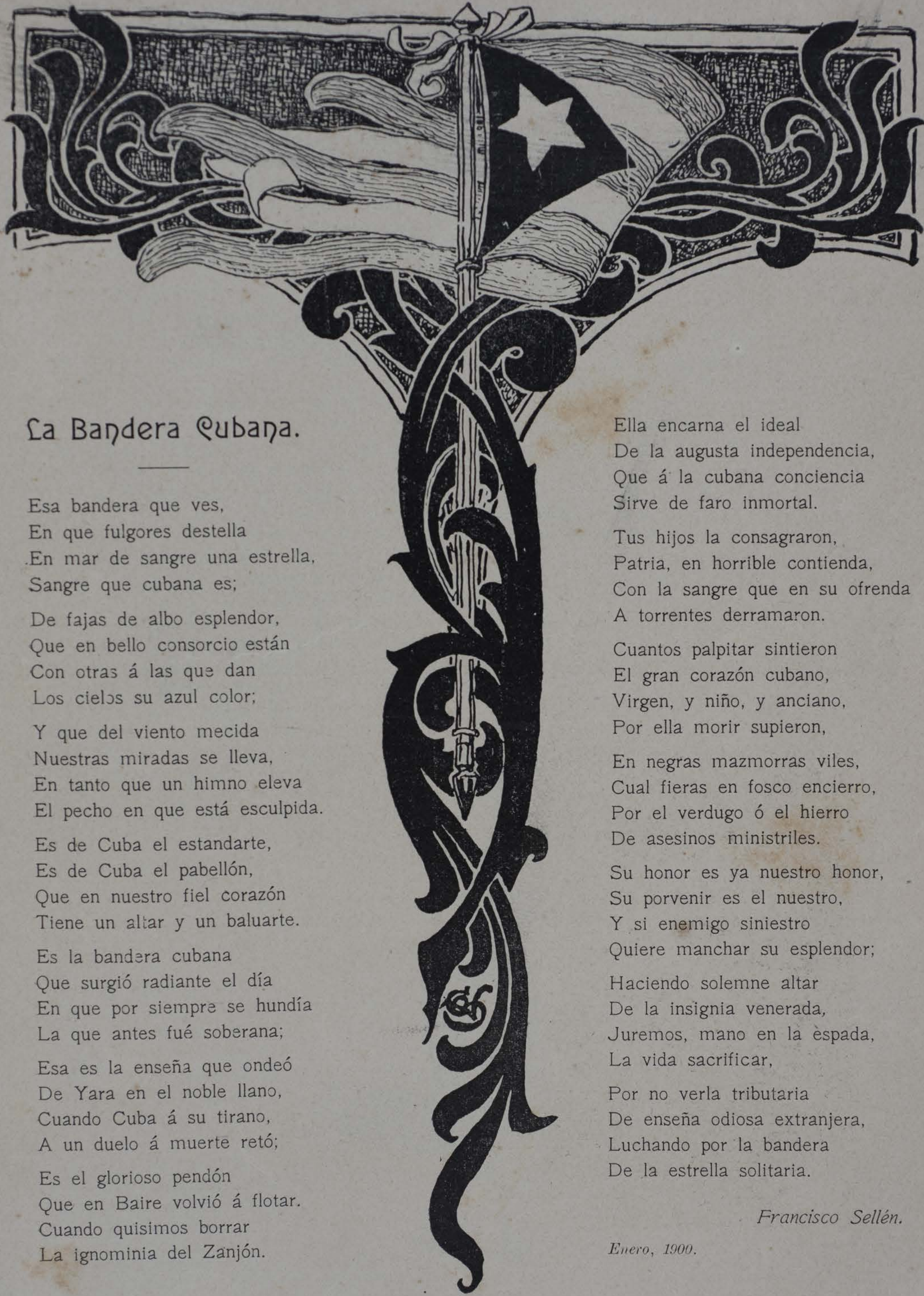
Me es necesario, además, que la prensa toda de Cuba sea remitida á nuestro pabellón en París. De este modo lograremos que los compatriotas allí residentes, así como los amantes de estudiar nuestra política, nuestra producción, nuestra literatura y nuestros progresos, lean y conozcan la prensa cubana.

Quedo á sus órdenes, atto. S. S.

GONZALO DE QUESADA,

Comisionado especial de Cuba.

Dirección en París. — GONZALO DE QUESADA. *Comisionado de Cuba á la Exposición.* — París, Francia.



La Bandera Cubana.

Esa bandera que ves,
En que fulgores destella
En mar de sangre una estrella,
Sangre que cubana es;

De fajas de albo esplendor,
Que en bello consorcio están
Con otras á las que dan
Los cielos su azul color;

Y que del viento mecida
Nuestras miradas se lleva,
En tanto que un himno eleva
El pecho en que está esculpida.

Es de Cuba el estandarte,
Es de Cuba el pabellón,
Que en nuestro fiel corazón
Tiene un altar y un baluarte.

Es la bandera cubana
Que surgió radiante el día
En que por siempre se hundía
La que antes fué soberana;

Esa es la enseña que ondeó
De Yara en el noble llano,
Cuando Cuba á su tirano,
A un duelo á muerte retó;

Es el glorioso pendón
Que en Baire volvió á flotar.
Cuando quisimos borrar
La ignominia del Zanjón.

Ella encarna el ideal
De la augusta independencia,
Que á la cubana conciencia
Sirve de faro inmortal.

Tus hijos la consagraron,
Patria, en horrible contienda,
Con la sangre que en su ofrenda
A torrentes derramaron.

Cuantos palpar sintieron
El gran corazón cubano,
Virgen, y niño, y anciano,
Por ella morir supieron,

En negras mazmorras viles,
Cual fieras en fosco encierro,
Por el verdugo ó el hierro
De asesinos ministriles.

Su honor es ya nuestro honor,
Su porvenir es el nuestro,
Y si enemigo siniestro
Quiere manchar su esplendor;

Haciendo solemne altar
De la insignia venerada,
Juremos, mano en la espada,
La vida sacrificar,

Por no verla tributaria
De enseña odiosa extranjera,
Luchando por la bandera
De la estrella solitaria.

Francisco Sellén.

Enero, 1900.

PÁJAROS, PAJAREROS Y GASTRÓNOMOS

LOS HORTELANOS

Oh los *hortelanos*!... No forman por cierto una legión seguramente aquellos que puedan decir que han visto coger estos pájaros preciosos; que hayan saboreado su exquisita carne... ó ni siquiera haberlos contemplado vivos con su lindo plumaje; menos dichosos en este punto que esa legendaria rata de las ciudades que puede competir en relieves con su colega de los campos.

Me ha sido dado contemplar muchos *hortelanos* y gustar su riquísima carne, durante mi estancia en Tunes, ya enjaulados entre los indígenas, que se deleitan con su canto melancólico tan en armonía con las almas contemplativas; pero no había visto nunca capturarlos.

En casi toda la región Suroeste de la Francia, la caza del *hortelano* es popular. El alcalde de Saint-Antoine-du-Queyret, habiendo averiguado que yo deseaba informarme sobre la caza de este famoso pájaro, tuvo la amabilidad de invitarme á pasar algunos días en su residencia de Chapoux, lugar de pasada, notable por la abundancia de sus frutos. Chapoux ocupa un sitio culminante de la región de Entre-deux-Mares. Allí, desde lo alto de una torre donde existe un molino de viento desmantelado, se contempla la más bella perspectiva panorámica. Esa torre es el centro de un extenso viñedo, que produce los más magníficos vinos blancos. Las viñas descienden escalonándose suavemente á un valle lindísimo, para elevarse después y mostrarse frente á frente. Sobre esta eminencia, he podido notar un camino trillado, abundante en pequeños claros cuadrados extendidos entre las líneas de las antiguas cepas tortuosas.

—Aquí teneis el lugar de la caza, díjome M. Grave.

—¿De la caza?...

—Os extraña esta palabra?

Es costumbre en el lugar aplicar la palabra «caza» al espacio dispuesto para la captura

de los *hortelanos*, con preferencia á la acción cinegética en sí misma.

—Entonces vamos á la «caza».

—Vamos allá.

—Sin embargo, os suplico que mireis antes la «caza» por un instante á través de mis gemelos.

—Pues veo, como si estuviese allí, hileras de trampas armadas entre las viñas y una porción de jaulas con sus señuelos.

—No habeis visto si las trampas están tendidas?

—Sí, todas menos dos.

—Fijaos bien.

—Distingo bajo las trampas caídas dos pájaros que se agitan muy azorados, deseosos sin duda de poder escaparse de su encierro.

Pues esos son *hortelanos* que se han dejado aprisionar; ya veis, pues, que desde la misma puerta de nuestra habitación podemos apreciar los resultados.

Esto dicho, M. Grave me condujo al terreno de la «caza»; y una vez en él me encontré en medio de sesenta trampas colocadas con la más admirable regularidad, dispuestas á acaparar el pájaro inocente. El uso de estas trampas para cazar los *hortelanos*, está permitido desde el 15 de abril al 25 de mayo, conforme á los decretos expedidos por las diferentes prefecturas.

Imaginaos el fondo de una jaula de madera, aislado y provisto de un cuadro todo

lo alto posible para que no pueda aplastar el pájaro al caer; luego un gran arco de alambre, retenido por un corchete, del que se desprende en el instante que el pájaro se posa encima, y ya teneis explicado el mecanismo de la trampa. El cebo consiste en un atrayente manojo de espigas de avena.

La gran cuestión en esta especie de caza, estriba en la conservación de los reclamos, de un año para otro. Al comienzo de la caza, se



han pagado estos reclamos hasta 5 y 10 francos cada uno; pero basta con poseer dos ó tres para principiar, á reserva de enjaular los primeros que se capturen, transformados *illico* en señuelos. Los resultados son proporcionales al número de señuelos: cuantos más existen sobre la *caza* tanto mayor es la cantidad de *hortelanos* que se captura.

Casi todas las jaulitas que encierran los reclamos, son colocadas en el suelo, detrás de la trampa. Los más cantadores ocupan los puestos de honor, colgándose sus jaulas á pequeños postes de un metro y medio de altura.

—Esto no es aún todo,—me dijo M. Grave, después de haber inspeccionado juntos el terreno. ¿No contemplais allá abajo, á cien pasos de nosotros, una alta percha terminada por una corta palanca, de la que pende una jaula?...

—¿Ese es Gambetta?

—Sí, ese es el rey de nuestros cantadores, aquel cuyos trinos se oyen de más distancia; de aquí el nombre que hemos dado al pajarito. Colocado á esa altura, sus ojitos penetrantes divisan de lejos la aproximación de los compañeros que vuelan de paso, y atrae con su canto á los camaradas.

—Son ariscos los *hortelanos*?

—Lo son tan poco que se puede acercar uno á ellos á veinte pasos, sin que por esto interrumpen sus primeros pasos alrededor de las trampas.

—Entonces caen pronto en el lazo?

—Oh! nada de eso. Si es cierto que no son feroces, son en cambio muy desconfiados. Cuántas vueltas y revueltas les he visto yo dar antes de decidirse á posarse en la trampa! Esto por sí solo constituye un entretenido espectáculo al cual he asistido en muchas ocasiones con soberano placer, diciéndome alternativamente: ¿si caerá?... ¿si no caerá?... Hay *hortelanos* de rasgos tan particulares, que nuestros cazadores les llaman «dos acostumbrados.»

—Los acostumbrados! ¿Qué significa eso?

—Llamamos así á los *hortelanos* que se pasean familiarmente por entre las trampas picoteando por do quiera los granos caídos de las jaulas de los reclamantes. Estos

no caen en la trampa, sino por gran casualidad.

—Deben por consiguiente disgustaros?

—Al contrario, me gusta verlos, porque recrean el lugar y son, después de todo, reclamos voluntarios, que no nos cuestan ni alimento, ni penas, ni cuidados, y nosotros los aprovechamos por completo.

M. Grave, que atrapa los *hortelanos* para ofrecerlos como exquisito bocado en su mesa, ó enviarlos de regalo á sus amigos, conténtase con establecer una «caza» que se compone de unas sesenta trampas con doce ó quince reclamos.

Otros, por el contrario, cazan el *hortelano* para lucrar con él. A este propósito, cítase

un propietario de Entre-Deux-Mers que emprende la cosa en gran escala llegando á capturar más de mil doscientos ó mil quinientos *hortelanos* en cada temporada. Él y su criado pasan todo el invierno en la reparación ó confección de trampas, y allá de mayo á noviembre, es cuando consagran su tiempo á las tareas de la recolección. Este propietario coloca en su campo las trampas por centenares, animándolas por más de ciento cincuenta reclamos.

Como pidiese á M. Grave, me diera una estadística aproximada de los resultados obtenidos en Chapoux con un término medio de sesenta trampas, contestome:

—Puedo ir más allá de vuestro deseo, pues he llevado día por día una cuenta exacta desde 1866, cuyo resumen

puedo presentaros.

Del citado cuadro que me ha mostrado M. Grave resulta que el máximun de capturas durante una campaña, ha alcanzado en Chapoux á la hermosa cifra de cuatrocientos cuatro *hortelanos*, y que el máximun de estos aprisionados en un día ha sido de sesenta y siete, resultando que, si el paso de los *hortelanos* comienza hacia el 15 de abril y termina hacia el 25 de mayo, su apogeo y su abundancia se notan entre el 25 de abril y el 10 de mayo.

Cuando este período está próximo á espirar, no queda casi ningún *hortelano*, y los que se ven es para anidar en el lugar, casi al pié mismo de las viñas, según lo ha po-



dido comprobar M. Grave en varias ocasiones.

Pero volvamos á la trampa. Esta ha caído; el hortelano está preso, agitándose locamente. Lo difícil está en sacarlo de ella vivo y en buen estado. Lograrlo es difícil para el que no está al corriente de la maniobra. Tan pronto como se levanta la trampa del suelo y mucho antes de que se haya podido introducir la mano por debajo, el hortelano se habrá evadido, y entre cincuenta se vendría á atrapar si acaso uno. El cazador experimentado, antes de levantar la trampa, hace porque el pájaro prisionero vaya á colocarse en uno de sus ángulos en cuyo punto lo puede atrapar aunque sea echándole mano por un ala. De esta manera, retenido ya el pájaro, es fácil levantar la trampa sin que se pueda escapar. Cogido delicadamente el hortelano, se le coloca en el «tambor», que viene á ser una especie de caja cilíndrica, acribillada de agujeros por el fondo á los costados; la parte superior está cerrada por una bolsa de tela, se abre ó se cierra para la salida de los pájaros. La bola de sabrosa golosina, de la cual emergen el pico y las patitas de un pájaro, y que tan poderosamente tienta á los gastrónomos en las vidrieras de los vendedores de comestibles en Londres y Paris, no es manera alguna «natural». El hombre ha desplegado en esto como en otras muchas cosas su artificio.

El cazador abre la bolsa del «tambor» ante la puerta de una jaula, y en seguida los pájaros se precipitan en el cuarto que será su... penúltima morada. Celda de retiro, en la cual van á pasar las cinco ó seis últimas semanas de su corta vida. La miel y la avena son esparcidas con profusión, el ejercicio es limitado y la luz se halla convenientemente atenuada, hasta el punto de no ser sino crepuscular en los últimos días—la suficiente para que el pájaro pueda ver el grano con que se nutre.

Con este régimen, los tejidos adiposos se desarrollan, y la grasa invade al pájaro hasta tal punto, que las plumas, apenas adheridas á la epidermis, van cayendo por sí solas. Cuando se aproxima la madurez (!) de este minúsculo émulo de la vaca y del cerdo, de la oca y demás animales

que el hombre ceba primero para luego hacerlos servir á sus regodeos culinarios, el hortelano se vuelve torpe, no viéndose á menudo más que una bola de grasa que ha conservado las alas y las plumas de la cabeza. En ese estado, más que atraparle se le recoge y, delicadamente, á fin de no abismar al bardo exquisito que lo posee, se sumerge su pico en una copita de champagne, muriendo de la más dulce y gloriosa de las muertes...

Después de haberme dado todo estos detalles, M. Grave tuvo un momento de pausa, y añadió:

—Lo que os acabo de referir no es todo lo que se podría acerca del particular. ¡Cuántas veces todas estas dificultades, no conducen sino á presentar al gastrónomo entusiasmado un ave mal condimentada, como cualquier vulgar animalucho!

—Entonces parece que hay una manera particular de guisar el hortelano?

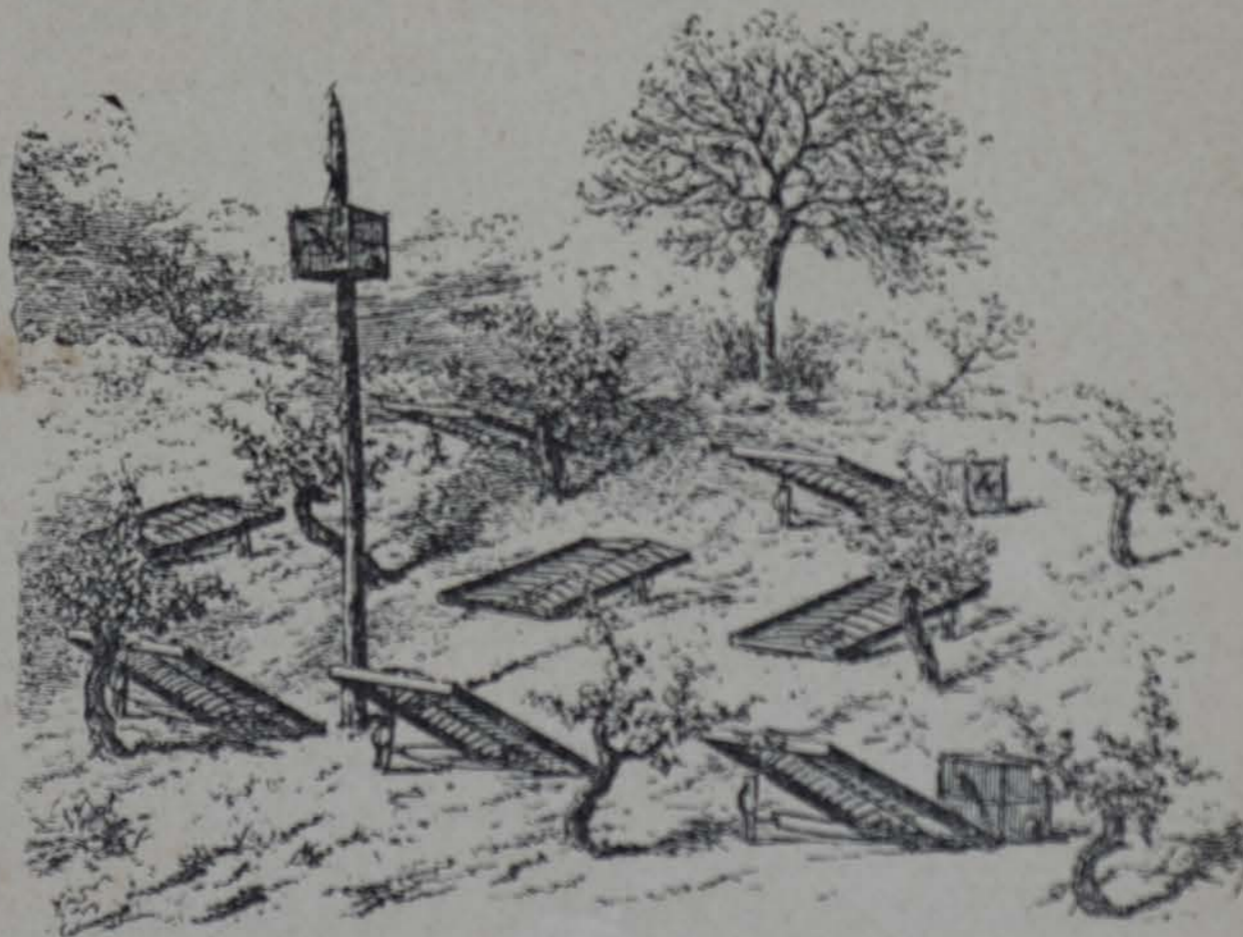
—Ya lo creo!

—¿Podría explicármela?

—Poned los hortelanos en asador, separándolos uno de otro por una delgada troncha de miga de pan, la cual absorberá la grasa del pájaro transformándose á su vez en un delicadísimo alimento. En este estado las cosas, los hortelanos se pondrán á un vivo fuego de brasa. La cocción debe durar sólo de doce á quince minutos. Cuando ya los pájaros estén dorados y en punto, espolvoreadles con fina raspadura de pan, que se impregnará á su cuerpo, y que se sirvan calientes.

CHARLES LALLEMAND.

Versión del francés para CUBA Y AMÉRICA.





Casa vivienda de un ingenio en Cuba.

La Propiedad en Cuba

Están al terminarse los trabajos emprendidos en la Secretaría de Hacienda para la formación de una estadística de los gravámenes que pesan sobre la riqueza rústica y urbana en la Isla.

De los realizados hasta hoy, resulta que existen en la Isla 27,668 fincas urbanas gravadas con \$ 100.729,943-51 de hipotecas, y \$ 14.608,850-48 de censos, y 16,047 rústicas hipotecadas con \$ 106.897,247-32 y gravadas con \$ 25.679,452-81 de censos, lo que hace un total de 43,715 fincas sobre las cuales pesa un gravamen de \$ 247.915,496-12.

Estos gravámenes se distribuyen por provincias en la siguiente forma:

FINCAS URBANAS	
Pinar del Río, en hipotecas	\$ 640,609-89
» en censos	286,744-55
Habana, en hipotecas	89,522,541-96
» en censos	11,900,842-61
Matanzas, en hipotecas	4,685,537-49
» en censos	1,264,729-11
Santa Clara, en hipotecas	3,965,725-35
» en censos	497,992-04
Puerto Príncipe, en hipotecas	461,078-83
» en censos	388,335-40
Santiago de Cuba, en hipotecas	1,454,449-99
» en censos	270,206-77
Total, en hipotecas \$ 100.729,943-51	
» en censos. 14.608,850-48	
	\$115.338.793,99

FINCAS RUSTICAS	
Pinar del Río, en hipotecas	\$ 8.080,998-31
» en censos	4.833,793-36
Habana, en hipotecas	18.797,063-00
» en censos	7.037,047-42
Matanzas, en hipotecas	35.754,485-38
» en censos	9.178,964-43

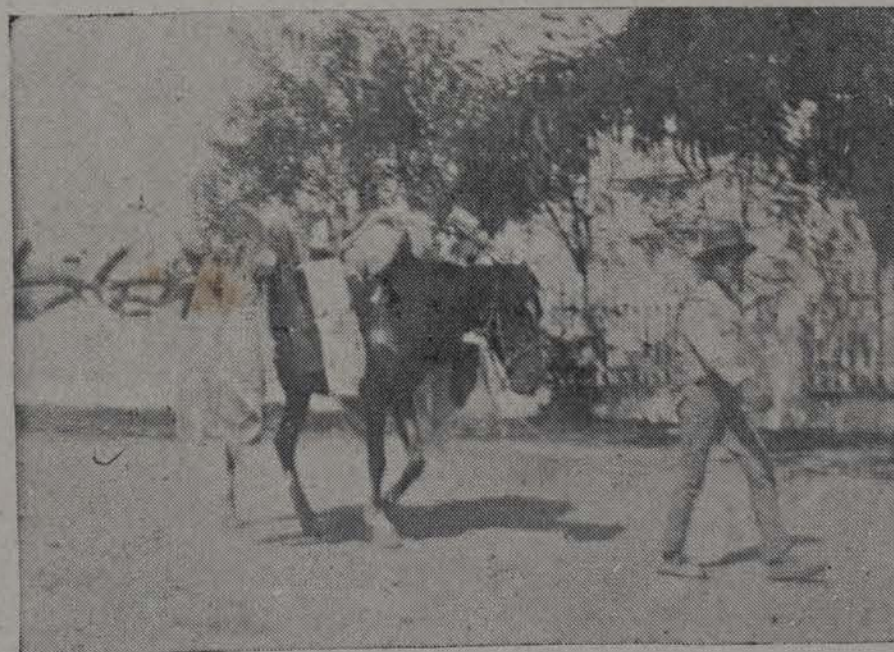
Santa Clara, en hipotecas	37.422,559-71
» en censos	3.455,936-78
Puerto Príncipe, en hipotecas	2.706,196-52
» en censos	984,795-10
Santiago de Cuba, en hipotecas	4.135,946-40
» en censos	188,915-72
Total, en hipotecas \$106.897,249-32	
» en censos 25.679,452-81	
	\$132.576,702,13

El trabajo constará de 37 estados, en los cuales se hallará por Registros de la Propiedad, provincias y términos municipales, el número de fincas gravadas con censos é hipotecas, la cuantía de unas y otras, los gravámenes á favor del Estado, la clasificación de las hipotecas en siete clases, según su importancia, y por último, los gravámenes á favor de los cultos, corporaciones religiosas, capellanías, etc.

Margaritas

Cuando pasé por la desierta calle
 Apartada y sombría,
 Y de la media noche entre la gasa
 Dudosa é indecisa
 Contemplé del jardín las verdes frondas
 Esmaltadas de blancas florecillas,
 Un torcedor horrible levantóse
 En la conciencia mía.
 Y es que al romper la sonriente aurora
 La gasa matutina,
 Mi adorada infeliz en su ventana
 Solitaria en su afán, y entristecida
 Buscará soñolienta
 El ramo de inocentes florecillas
 Con que á su amor pagaba
 El tierno afán de mi pasión bendita.

FERNANDO G. Y G. DE PERALTA.



Tipos populares.—Habana.

DE SPORTS

SECCIÓN REDACTADA POR EL
DOCTOR
ANDRÉS SEGURA Y CABRERA



SUMARIO —EL CARNAVAL.—AJEDREZ.
—En el Club.—Un problema.—
—COLOMBOFILIA.—Certamen.
—Un palomar recomendable.—La paloma y la abeja.
—CICLISMO.—Bicicleta de vapor.—Las máquinas de Simmons Hardware Comp.
—Noticias.

Y qué, dirá el lector al punto de encontrar como el tema primero de esta sección al carnaval, desde cuando forman estas fiestas en el grupo de los *Sports*?

Pues, le diremos nosotros, desde que es fuente de cultivo de todos los *sports* que caben en sus fiestas y que le dan en conjunto el mayor realce, por mas que no vamos á ocuparnos de él en ese sentido, sino que lo haremos en cuanto á considerar como han sido substituidos los asquerosos y molestos paquetes de harina y huevos rellenos de ésta que eran arrojados á los concurrentes al paseo desde un carruaje á otro y de muchos balcones también, por los más cultos esparcimientos que en ese orden brindan los *confetti* y las *serpentinatas*, que á más constituyen hoy una industria y dan margen á otras lucrativas ocupaciones á menesterosos que las han ideado á impulsos de su necesidad.

De una Revista de modas que casualmente hojeábamos en estos días, tomamos los párrafos que siguen y que harán bueno nuestro acerto anterior.

«Los italianos y los franceses hacen mucho tiempo que se entregan con verdadero desenfreno, en las funciones de máscaras, á la tarea de arrojarse mutuamente enormes montones de *confetti*, y á lanzar *serpentinatas* sobre las personas, los balcones, los árboles, las estatuas, las verjas y todo lo que pueda prestarse á que las finas tiras multicolores se anuden, se entrelacen, se retuerzan, y ya formen caprichosos arcos de balcón á balcón, ya cuelguen como flotantes pabellones, ya sirvan de fleco á barandillas, columnas y faroles, ó cubran el pavimento con movable y vistosa alfombra que el viento arrolla ó despliega á cada instante.

Hemos tardado en acomodarnos á la expresada costumbre, porque nuestro carácter es en el fondo mucho más serio de lo que á primera vista parece, y no toleramos sin protesta las bromas y sobre todo los ataques á nuestra persona, siquiera sean tan inofen-

sivos como el de que nos echen un puñado de polvos de papel sobre la ropa.

Cuando empezó esta diversión, algunos se opusieron á ella con argumentos demasiado contundentes, y no faltó quien al sentir el contacto de una *serpentina*, empezase á repartir bastonazos ó considerase como un insulto el que cualquiera se atreviese á dirigir á las señoras que iban en su compañía, certeros tiros, siquiera fuesen de finísimas recortaduras de papel de seda.

Todavía, á pesar de lo generalizado que se encuentra el uso de la dicha clase de proyectiles, son muchos los que se enfadan cuando se les convierte en blanco de esas expansiones de buen humor, y las bromas suelen á veces trocarse en verdaderos disgustos.

El comercio de tan ligeros artículos, como se presta á la confección casera, ha progresado en tales términos, que hoy son muchos centenares de personas las que se dedican á expendierlos en mayor ó menor escala.

El consumo responde á los progresos de la venta. Es incalculable el número de paquetes que se agota en cada baile de máscaras. Para comprender el negocio que se hace en este punto, bastará decir que el industrial que se quedó con la exclusiva para vender *serpentinatas* y *confetti* en el baile de la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid, pagó cerca de dos mil reales.

Sólo para sacar la referida cantidad, ya se necesita vender cucuruchos de papelititos.

Esta verdadera locura de *confetti* ha originado, además de la industria de hacerlos, ya muy perfeccionada con aparatos que recortan y pican el papel, convirtiéndolos en lluvias de las más caprichosas figuras, la industria del barrido de los teatros al terminar los bailes de máscaras. En muchas ocasiones se ha contratado este servicio por una cantidad alzada que abona el barrendero, lo que es el colmo de la especulación.

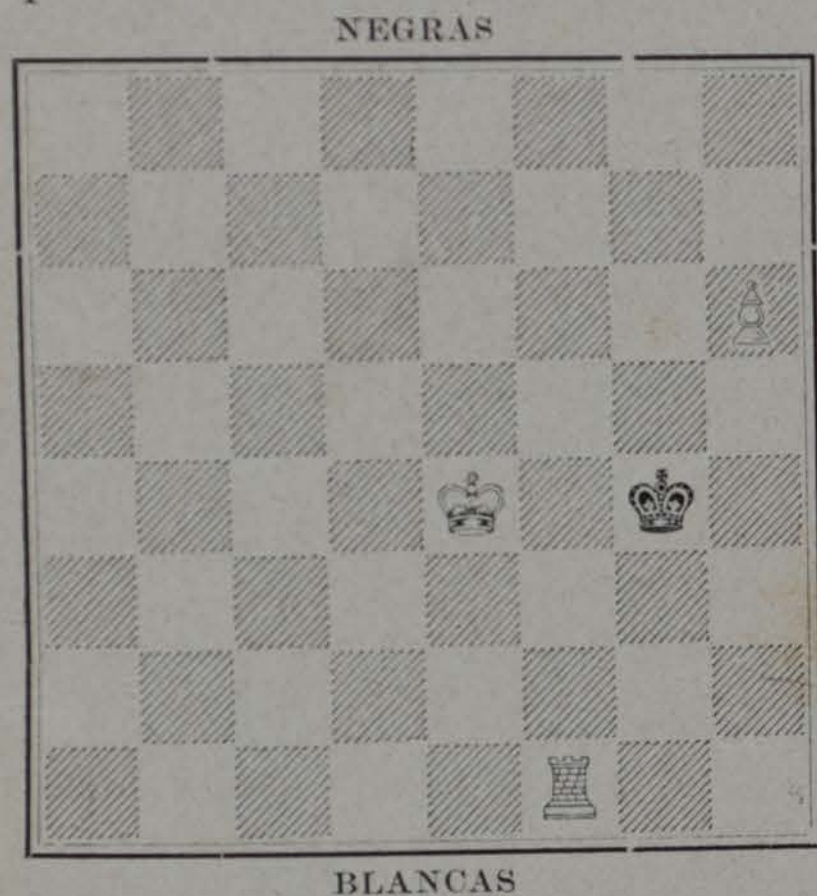
Siempre se ha pagado al que barre, y ahora, para que todo sea al revés, pagan muchos por que les dejen barrer. La reventa de lo barrido produce segura y no escasa ganancia.»

Aunque fuimos oportuna y atentamente invitados al Club de Ajedrez por su prestigioso Secretario el Sr. O'Farrill, no nos fué dable concurrir á la recepción, el día 12, del reputado jugador Pillsbury, pero sabemos que fué un acontecimiento en la tarde de dicho día la serie de partidas jugadas en

los salones de la sociedad, sobresaliendo entre otras las que pusieron á prueba la competencia de los Sres. Ramón Pardo y Juan Corzo.

Para presenciar la serie de partidas que se jugarán en estos días, —hasta el embarque del distinguido huésped para New York, en donde tomará parte en la lucha cablegráfica entre los Estados Unidos é Inglaterra,— háse invitado á cuanto *amateur* conocido existe entre nosotros, á la prensa y á muchas personas de alta representación, de lo que se infiere que el Club de Ajedrez hará de este suceso una página de su brillante historia.

Muestra de afectuosa deferencia queremos que vea el Sr. O'Farrill en el siguiente problemita, ageno, que le dedicamos con toda complacencia.



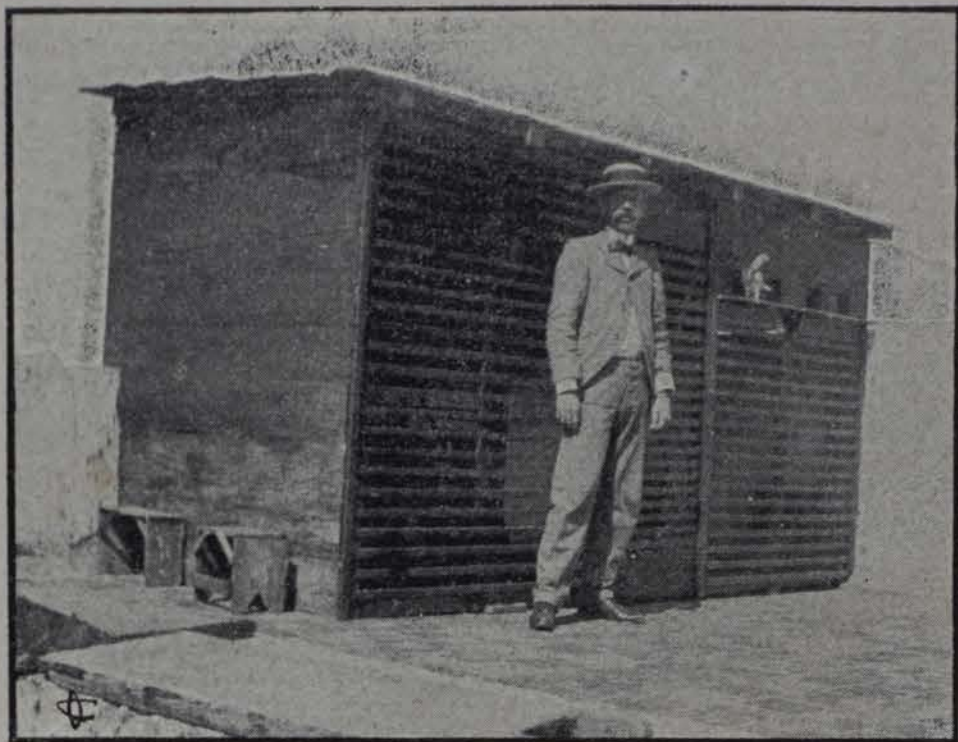
Las blancas juegan y dan mate en cuatro movimientos.

La Colombofilia, nos vamos persuadiendo, tiene en esta Isla numerosos adeptos. En la Habana solamente pudiera decirse, sin temor á exageración, que se cuentan por centenares los aficionados. Pero es que están disgregados, que no acaban de reunirse definitivamente en un Club ó Asociación que tanto provecho traería al cultivo de la mensajera, y por eso nuestro empeño y esfuerzos por llegar á esto.

Acaso sea un medio para ello el concurso que nos proponemos abrir para el mes de Mayo próximo, y el cual consistirá en premiar en la forma que ya anunciaremos debidamente, al que presente el mejor TRANSPORTE para un par ó más, y en cuyo mueble hayan desaparecido los huecos que en los

actuales se hacen generalmente para la ventilación de la paloma dentro colocada y que no cabe duda les son á esta tan perjudiciales pues creando corrientes de aire frío, han determinado más de una ocasión *torticolis* y otros males que inutilizan al animal.

Tiempo tienen, pues, con este aviso previo, para prepararse nuestros aficionados y crear algo en este tan importante como abandonado punto.



El palomar que en el grabado adjunto verá el lector, es el de los entusiastas *amateurs* Sres. Tovar, Castañeda y Rodríguez, sito en la calle de San Miguel núm. 141.

Encierran excelentes mensajeras cuyos orígenes, auténticos en absoluto, son las Green, Cuenca, Castelló y Berclay.

Una mañana de ocio tomamos la fotografía de que los Sres. Otero y Colominas han hecho el grabado que ilustra estas líneas y en cuyo trabajo hánse manifestado tan artistas como en el álbum de vistas que han publicado recientemente y que toda la Habana se ha apresurado á adquirir al precio ínfimo de treinta centavos, por cuya cantidad se tienen en hermoso panorama, muy bien presentados, 24 paisajes de esta Isla.

La abeja parece se presenta á la paloma como una competidora si bien nunca con utilidad práctica porque á tan pequeños animalitos no cabe confiarles, como se hace á la paloma mensajera, escritos por pequeños que sean; pero el hecho es que se las ha regateado en velocidad y que el triunfo, en la prueba, ha sido de la abeja. En Westfalia, según leemos en una revista colombófila, un apicultor hizo la apuesta de que si soltaba cinco abejas á cinco kilómetros de la colme-

na, llegarían al mismo tiempo que doce palomas puestas también á igual distancia.

La primer abeja llegó un cuarto de minuto antes que la primera paloma entrara en el palomar.

Otras tres abejas se metían en el palomar antes que llegase la segunda paloma, y el resto de los dos grupos se presentaron al mismo tiempo en sus alojamientos.

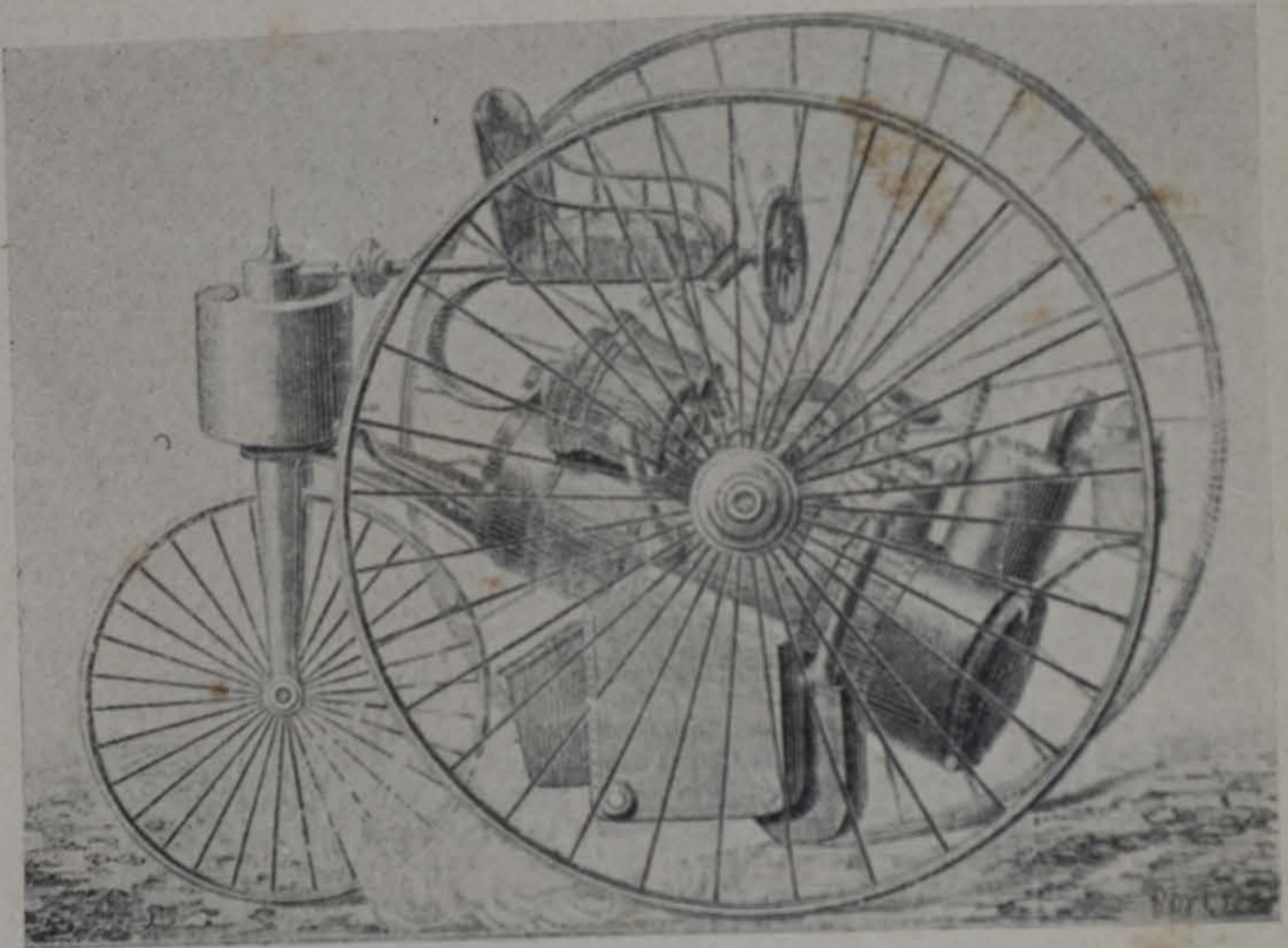
El triunfo, por consiguiente, fué de las abejas, como hemos dicho.

No dudamos que los más entusiastas aficionados hagan aquí el experimento y desde luego les rogamos nos comuniquen el resultado.

El ciclismo nos priva hoy de datos personales en la Isla donde, aunque sigue el entusiasmo cada vez más creciente, no ocurre nada de particular mención que traer á estas páginas.

En cambio los constructores de todos género se afanan por presentar á la exposición francesa la última palabra, y de ahí que tengamos la bicicleta de vapor calentada con petróleo, que representa el grabado adjunto y la cual es inventada por M. Isaac Davis, de New York. Según se vé, este vehículo lleva una maquinilla de vapor con su caldera, para servir de motor; pero lo

más singular é interesante es el empleo del aceite de petróleo para calentarla. Se tiene así, en efecto, un combustible muy ligero, cuyo uso es particularmente ventajoso en el presente caso, pues posee una capacidad calorífica superior á la del carbón y permite regular el fuego, por decirlo así, sin ejercer vigilancia, haciendo funcionar sencillamente la llave distribuidora del petróleo. El aceite contenido en el depósito posterior, colocado sobre la rueda pequeña, se dirige al interior de la caldera, á una cámara de arcilla refractaria que sirve de hornillo, y se quema mezclándose íntimamente con una corriente de aire aspirado, como en las locomotoras, por la de vapor de escape, que se dirige al efecto al hornillo. Los gases atraviesan después los tubos de la caldera y van á desprenderse sin ruido por detrás, para no molestar la vista. Al emprender la mar-



ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE

O sea pequeña enciclopedia popular de la vida práctica para el año 1900, - - -

GRANDES REGALOS

Todo comprador del Almanaque tiene derecho á que se le dé **GRATUITAMENTE** UN PLANO DE LA HABANA (moderno), con su clave para hallar de momento cualquier calle, plaza, edificio ó punto que se busque; UNA TABLA DE CAMBIOS que expresa lo que vale un peso plata en oro, un peso oro en plata y un centén en plata según el tipo de cotización diaria; UN PLANO EN COLORES con los tipos, trajes y costumbres de todas las provincias de España; UN VALE para retratarse en una de las mejores fotograffas de la Habana.—**TODO GRATUITAMENTE.**

Además tiene todo comprador derecho á otros muchos regalos que se adjudicarán por concurso el día 8 de Abril próximo, cuya lista de premios y condiciones de los concursos se dá gratis á todo el que los pida.

El Almanaque se halla de venta á **UN PESO PLATA** en **OBISPO 86**, Librería, Habana.

cha, el fuego se enciende abriendo la tapa anterior y colocando algunos carbones en el hornillo; el vapor se desprende muy pronto y proporciona entonces una corriente que asegura la marcha, aunque sea con la puerrecilla cerrada. Se han estudiado todos los detalles de este vehículo para facilitar su conducción y disminuir el peso de la máquina y de la caldera, rebajando el centro de gravedad en cuanto sea posible bajo el árbol motor, á fin de asegurar la estabilidad del vehículo.

El viajero, colocado en su asiento, regula el gasto de vapor por medio de la palanqueta que se usa para cambiar de dirección, y hasta puede modificar la celeridad del vehículo por medio de un engranaje especial que se interpone á voluntad entre los pistones y el árbol motor. En las rampas se debe avanzar despacio, utilizando toda la fuerza de la máquina para aumentar el impulso de tracción; mientras que en terreno llano se va más de prisa, sin modificar el régimen de marcha de la máquina. A la

izquierda del asiento se ve el volante que sirve para hacer girar el vehículo, y el cual pone en movimiento por medio de una rueda de ángulo el eje vertical posterior, que atraviesa el depósito del aceite y remata en una horquilla, abrazando la rueda pequeña, lo cual permite desviar ésta á voluntad. Por último, el viajero tiene ante sí el silbato de la caldera y el manómetro; iluminado de noche por una linterna, puede alcanzar de lado la llave distribuidora del petróleo.

La caldera, de acero y de forma tubular, está rodeada de una cubierta de madera, y suspendida por dos cojinetes del árbol principal; sostiene los dos cilindros motores, cuyos manubrios están fijos á 90° para evitar los puntos muertos. Esta caldera mide 0^m, 76 de longitud por 0^m, 23 de diámetro, y los tubos interiores, que son de cobre, 0^m, 01 de diámetro. El depósito del agua, fijo debajo de la caldera, puede contener 28 litros y está provisto de un inyector colocado á la izquierda, al alcance del viajero.

Las ruedas están guarnecidas de fajas de

COMPRE CIGARROS

“EL FIN DE SIGLO”

DE HENRY CLAY & BOCK Co.

GUARDE LAS CAJETILLAS

Llévelas á GALIANO 52, y cámbielas por CUPONES de la

CUBAN & AMERICAN MERCANTILE Co.

Le compensará á Vd., y para convencerse, vaya á GALIANO

52 y vea los BONITOS y útiles objetos que puede conseguir

por los CUPONES.

BIBLIOTECA
GENERAL Y DEL MONTE
MATANZAS

cautchuc, para comunicar elasticidad al vehículo, que así avanza silenciosamente.

Las ruedas motrices miden 1^m, 52 de diámetro, y la rueda pequeña posterior 0^m, 75.

Con una máquina de un caballo de fuerza, este vehículo podrá correr con una velocidad de 18 kilómetros por hora, llevando en los depósitos de agua y de petróleo cantidad suficiente para asegurar la marcha durante cuatro horas.

Por carta que acabamos de recibir de la acreditada manufactura de Simmons, Hardware Company de St Louis, sabemos que pronto se hallarán en nuestro mercado sus excelentes bicicletas tan reputadas en los Estados Unidos, donde al par que la «Columbia» son preferidas por todos los más notables ciclistas de la Gran República.

Ya daremos otros datos cuando tengamos las notas descriptivas que esperamos.

FONTANA-REITER.—Estos dos *globe-kotters* que habían salido de Florencia en tandem para dar la vuelta al mundo, llegados á Londres se divorciaron. Fontana ha vuelto á

su bella Florencia y Reiter ha seguido viaje con un connacional encontrado en Londres, un tal Mino Galvani. Que el buen acuerdo no venga á faltar al nuevo equipo.

TEDDY-HALE.—Como nuestros lectores saben, este corredor inglés se ha impuesto la ruda tarea de cubrir diariamente 100 millas (1609 km.) sobre la carretera durante un año. Ya se encuentra á su centésimo día de marcha con 16.090 kilómetros.

Tiene los huesos duros el hijo de la rubia Albión!

* Por muchos años la ha prescrito con excelentes resultados.

El infrascrito, Médico-Cirujano de la Universidad de la Habana.

Certifico: Que por muchos años he usado con excelentes resultados la Emulsión de Scott en los casos de tuberculosis, enfermedades escrofulosas, y sobre todo en el raquitismo de los niños.

Y para constancia expido el presente en Aguada de Pesajeros, Cuba, á 17 de Agosto de 1894.—DR. EULOGIO MARTÍNEZ.

Henry W. Peabody & Co.

COMERCIANTES COMISIONISTAS EN GENERAL

17 State St., New York, E. U. A.

Solicitan toda clase de consignaciones de Hispano América, y especialmente de Cuba y conceden ventajas de consideración á sus clientes.

La parte española de nuestro departamento de Exportación, está bajo la dirección del señor

ENRIQUE T. MARTIN

LA BARCELONESA

Gran Almacén Importador de Muebles
DE GARCIA OSTOLAZA Y
SUCESESORES DE J. RIGOL.

Galiano 89, 91 y 93. — HABANA — Teléfono número 1

Muebles finos de Thonet Hnos.; D. G. Fischeld hijos; B. So Comp.; P. Derby y Ca. Muebles de madera del país, de precios dibujos y formas elegantísimas. * * * * *

EL TELEGRAFO

TALLER DE LAVADO
DE JOSE GOMEZ

VIRTUDES N° 116. — HABANA.

PRONTITUD, ESmero Y EXACTITUD.

PRECIOS MODERADOS

VILAPLANA, GUERRERO Y COMP, S. en

Fabricantes de Chocolates,

Galleticas, Dulces y Confituras

CALLE DE SAN MIGUEL Nos. 117 Y 118

Correo: Apartado 686.

HABANA

Teléfono número 1,123

Cable y Telégrafo: VILAPLANA